González de Mesa (Narciso)
Los que ríen y los que lloran

González de Mesa

Madrid, 1890

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

LAS QUE RIEN Y LAS QUE LLORAN

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

POR

D. NARCISO GONZÁLEZ DE MESA

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(*Sucesor de Hijos de A. Gullón.*)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1890

LAS QUE RIEN Y LAS QUE LLORAN

LAS QUE RIEN Y LAS QUE LLORAN

DRAMA

EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

POR

D. NARCISO GONZALEZ DE MESA



MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1890

PERSONAJES

MATILDE (la Calandria), en el acto tercero NANNETTE.
ANGELINA, hija de
ESCOLÁSTICA.
ROSA (la Cantaora).
MANUEL.
DIEGO.
ENRIQUE MATTOSSI.
DON PRÁXEDES, barón de Sierra-Elvira.
PEPA, criada.
RODRIGO.
CABALLERO 1.°
CABALLERO 2.°
SEÑORA 1.ª
SEÑORA 2.ª
UN COMISARIO DE POLICÍA.
DOS GENDARMES.

Caballeros, Señoras y Criados.

Época actual.—El desenlace en el año 1885.
Los actos primero y segundo, en Madrid.—Los actos tercero y cuarto, en París.

AL SEÑOR

D. JOSE FORNARIS Y LUQUE

En el año 1885 terminé este drama, y desde entonces lo he variado mucho á fuerza de retoques, no para obtener una obra perfecta ni correcta, sino para suavizarle algo la crudeza que al fin y al cabo resulta.

Antes de la fecha que apunto en cabeza de estas líneas, presenté otro drama, ya publicado, á un distinguido primer actor que actuaba en el teatro Pairet *de esta capital, y no asintió á su representación á causa del* romanticismo *de la obra, advirtiendo que el dicho actor es partidario acérrimo del llamado* realismo, *y me dijo:—Esto ya no está de moda; á los dramas de hoy precisa mucha pimienta para que el público los admita. — Pues pimienta—dije yo; y escribí este drama* LAS QUE RIEN Y LAS QUE LLORAN, *y en Madrid lo presenté en un teatro á otro actor, empresario también como el de la Habana, y lo leyó y me lo devolvió diciéndome: — No me atrevo; me gusta* (*salvo que tiene cuatro actos*); *pero en la sociedad hay mucha hipocresía y su obra de usted peca* por exceso de realismo.

De modo que tampoco me sirvió la salsa de las especias fuertes.

Leí el drama á muchos amigos, y entre ellos á uno que también escribe, y bien; y tanto le gustó, que me dijo:—¿No lo quieren representar? Pues publíquelo usted: eso es realismo *sin exceso de ninguna clase, y ya lo representarán si quieren.—Y he seguido su consejo.*

A usted dedico este modesto trabajo, toda vez que otro drama que le dediqué, y del que se leyeron dos actos en público en casa del Sr. D. José Céspedes, duerme desde entonces sin otro adelanto.

Ruégole acoja mi dedicatoria como prueba de la amistad y consideración que le profesa su afectísimo seguro servidor Q. B. S. M.,

Narciso González de Mesa.

Habana, 10 de Julio de 1890.

ACTO PRIMERO

Sala bien amueblada en casa de Manuel. Puerta al fondo y una lateral á la izquierda. Un balcón á la derecha. Un piano entre el balcón y el primer término. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

MATILDE y MANUEL

Al levantarse el telón aparecen Manuel y Matilde sentados cerca del piano, sobre el que hay un candelabro con luces. Manuel tiene en la mano un periódico. Matilde borda unas zapatillas. Entre ambos hay un elegante costurero.

MAT. Hace un mes que no sales de noche.

MANUEL. ¡Salir! ¿A dónde? ¿A qué?

MAT. Con tus amigos... al teatro... al Casino. A donde ibas antes de conocerme.

MANUEL. Se está muy bien á tu lado.

MAT. Le tengo miedo á tanta felicidad. ¿Crees en el destino, Manuel?

MANUEL. Todos los días me preguntas lo mismo.

MAT. Desde hace un mes.

MANUEL. ¿Y por qué? Díme.

MAT. Por lo mismo que, desde hace un mes, rezo con toda mi alma para que no llegues á olvidarme.

MANUEL. Me quieres mucho, ¿no es verdad?

MAT. ¡Oh! No lo sabes tú bien.

MANUEL. Y yo á tí mucho, ¡mucho! Pero estás triste, Matilde mía, siempre triste, cuando hablamos de nuestro amor.

MAT. Yo era una loca hace un mes. De todo me burlaba, de todo me reía. Jamás pensé en el porvenir. De fiesta en fiesta, de amor en amor... Perdóname, Manuel, por traerte á la memoria mi vida pasada; pero eso es lo que me entristece. Te han seducido mi juventud y mi hermosura y te crees enamorado. Pasará la embriaguéz: tú contarás una aventura más, y yo, ya no loca, ya no alegre, volveré á ese mundo que jamás perdona al pecador.

MANUEL. Cambia de conversación. Tu tristeza me entristece. Nos hemos encontrado en el camino de la vida: por algo será. Somos jóvenes y estamos en lo apacible y poético del idilio. Amar es vivir.

MAT. Ese amor, ese entusiasmo, es el que me hace padecer.

MANUEL. No soy rico; pero soy artista de fama y tengo para vivir con decoro. Soy, además, mayor de edad.

MAT. Tienes familia, tienes parientes y amigos, y el mundo tiene exigencias. Por última vez te suplico que salgas: Sigue frecuentando la sociedad y déjame marchar y amarte de lejos.

MANUEL. Pero Matilde... si es por mi gusto. Si no se me da un ardite de que Madrid entero lo sepa. Y si no te hago mi esposa ahora, en seguida, es...

MAT. No te atreves á decir el por qué. ¡Cállalo! ¡Cállalo, por Dios! ¡Olvida mis locuras... mis desgracias! ¿Tu esposa yo? Nunca. ¡Si de ser tu amante me sonrojo! Déjame marchar para que tú no te sonrojes.

MANUEL. No insistas si me amas. Vete si me quieres dar un gran pesar.

MAT. Me doblego á tu voluntad.

MANUEL. Ya no más el velo á la cara cuando salgamos; no más escondites cuando alguien venga á verme. El mundo es implacable; pero se acostumbra á lo que ve todos los días.

MAT. Sea como tú quieres.

MANUEL. Mis padres... es cierto... no me aplaudirán si lo saben. Mis amigos rabiarán de envidia. En fin, al tiempo. El tiempo es un gran arreglador de todos los asuntos.

MAT. Te haces ilusiones; pero pues me amas, estoy contenta.

MANUEL. ¿Quién ha de atreverse á tí estando tú á mi lado?

MAT. Basta de tristezas, Manuel. Vete un rato adonde acostumbrabas á ir, y yo, mientras, me entretendré bordándote estas zapatillas. Trabaja de día: yo estaré á tu lado; pero no quiero que digan que te robo á la sociedad.

MANUEL. Prefiero estar á tu lado. Yo he sido un calavera y tú eres la llamada á convertirme. Conversión por conversión.

MAT. ¡Si fuera posible!

MANUEL. ¿No lo es?

MAT. Falta que lo quiera el mundo.

MANUEL. Deja el bordado, y al piano. Cuando tus dedos hieren el teclado, me transportas al cielo.

MAT. Pero no me exijas que cante. Vamos á ver si acierto. (Deja el bordado y se sienta al piano. Manuel se recuesta en el mueble armónico, contemplándola.)

MANUEL. ¡Oh, qué veladas tan deliciosas junto á tí cuando no me hablas de tristezas!

MAT. Dios nos toque en el corazón.

MANUEL. Adiós, Casino; adiós, tirana sociedad; adiós, mundo de los calaveras tontos.

MAT. Amén. (Matilde preludia en el piano. Al ir á romper la tocata preludiada, aparece la criada en la puerta del foro é interrumpe á Matilde.)

ESCENA II

MATILDE, MANUEL y PEPA

PEPA. ¿Señoritos?...
MAT. ¿Qué quieres?
PEPA. (Á Matilde.) Una señora viene á ver á usted.
MAT. ¿Á mí?
MANUEL. ¿Una señora?
PEPA. Á juzgar por el lujo... una marquesa.
MAT. ¿Qué hacemos, Manuel?
MANUEL. Recibirla.
MAT. No me gusta la visita.
MANUEL. (Á la criada.) Conduce aquí á esa señora. (Vase la criada.)

ESCENA III

MATILDE y MANUEL

Matilde toma el sombrero de Manuel, que está sobre el piano, y se lo ofrece.

MAT. Toma el sombrero y vete. Dame ese gusto.
MANUEL. Pero... ¿esa señora...?
MAT. Debe ser alguna de mis impenitentes amigas de ayer. Le tengo miedo por tí.
MANUEL. ¿Por mí?... ¿Celos?
MAT. Temo que te disgustes.
MANUEL. Primero veamos quién es. (Aparece Rosa en la puerta del foro. Matilde sigue con el sombrero de Manuel en la mano.)

ESCENA IV

MATILDE, MANUEL y ROSA

Después de un brevísimo instante en que se miran los tres, Rosa se arroja sobre Matilde abrazándola fuertemente. Matilde salva el sombrero del apretón, y Manuel lo toma sin saber lo que hace.

ROSA. (A Matilde, con alborozo.) ¡Calandria! ¡Un abrazo! ¡Un beso, Calandria mía!

MANUEL. (Admirado.) ¡Calandria!

MAT. Basta, Rosa; basta ya.

ROSA. (A Manuel.) Tenga usted buena noche. (A Matilde.) ¿Este señor debe ser...? Pero, hija mía, yo me siento.

MAT. (A Manuel.) (Vete, ¡por Dios!)

ROSA. (A Matilde.) Chica, tú estás hoy de mal humor.

MAT. Yo, no.

ROSA. Me has llamado Rosa. (Matilde le hace señas para que se calle.)

MAN. (¡Calandria! Pues yo he de saber...)

ROSA. Y bien sabes que me llaman «la Cantaora.»

MAN. ¿Eh?

ROSA. Sí, señor; y ésta se llama «la Calandria,» porque canta mejor que yo, y por lo fino.

MAT. (A Manuel.) (Vete, Manuel. Yo la echaré.)

MANUEL. (A Rosa, con brusquedad.) Adiós.

ROSA. ¿Cómo? ¿Se marcha usted?

MANUEL. (A Matilde.) Pronto vuelvo. (Se va murmurando, aparte:) (¡La Calandria!)

ESCENA V

MATILDE y ROSA

ROSA. ¡Qué poco fino es! Pero, hija, te has quedado que pareces de piedra. Siéntate.

MAT. (Se sienta.) Me has dado un pesar sin querer. Manuel se ha enfadado.

ROSA. ¿Se llama Manuel?

MAT. Es pintor.

ROSA. ¿Joven, artista... y tan grave? ¿Por qué se ha enfadado ese caballero?

MAT. Pensábamos pasar la velada solos y tu llegada ha sido una contrariedad.

ROSA. Ese no es motivo bastante para mostrârse tan uraño

MAT. Delante de él me has llamado «la Calandria.»

ROSA. ¿No lo sabe?

MAT. Lo sabe todo; pero no le gusta saberlo.

ROSA. No lo entiendo.

MAT. Me ama.

ROSA. ¿Y tú?

MAT. Le quiero con toda mi alma.

ROSA. ¡Ya! Tal vez se case contigo.

MAT. Él lo quiere... lo dice, pero no sucederá.

ROSA. ¿Es posible que no?

MAT. No, porque yo no quiero.

ROSA. De modo que tú piensas...

MAT. Amarle siempre, ¡siempre!

ROSA. Los hombres son tornadizos.

MAT. No siempre son dueños de su voluntad.

ROSA. ¿Y si te abandona?

MAT. ¡No me lo digas! Así será... asi debe ser. Pero ¿á qué has venido? ¿Qué deseas?

ROSA. Irme. Ese acento ceremonioso... ese amor tan romántico... el mal humor del artista... todo eso equivale á decirme que me vaya y que no vuelva más. (Se levanta del asiento.)

MAT. No te lo digo.

ROSA. Al buen entendedor... Perdona, y adiós. Yo, como siempre. Cuando vuelvas á ser «la Calandria» cuenta con una amiga.

MAT. ¿Te enfadas? Haces mal. Pero ¿qué querías?

ROSA. Desde hace un mes te buscamos en vano. Al fin supe

que vivías aquí y nos alegramos de saber que vivías. Tú bien sabes que soy discreta y que no me ocupo de cómo viven mis amigas. Sentí deseos de verte... pero, hija, ¡qué quieres! Los teatros, los paseos, los bailes, las tiranías sin cuento de los hombres que nos adoran, no nos dejan tiempo para nada. Y después las tiendas, las modistas, los joyeros, los pobres, los parientes...

MAT. Á mí ahora me sobra tiempo para todo.

ROSA. Me alegro, si lo pasas bien. En fin: hoy se me presentó ocasión de verte, y aunque es de noche, hora poco apropósito para visitas, llena de alegría vine por abrazarte.

MAT. Te lo agradezco, pero...

ROSA. No temas, que ya termino y me marcho en seguida. Ya sé yo que las mujeres no somos dueñas de nuestro albedrío.

MAT. Cuando nos hacemos esclavas de los devaneos.

ROSA. Te desconozco, Matilde. Tú te quieres morir.

MAT. Aún no me has dicho á qué has venido.

ROSA. A convidarte para una *soirée* con que obsequia á sus conocimientos «la Garza.» ¿No te acuerdas? Aquella rubia que el año pasado arruinó á dos príncipes rusos.

MAT. (Con impaciencia.) Rosa... ¡por Dios!

ROSA. «La Garza» ó sea Honorina, vive ahí enfrente, casi enfrente de tus balcones. A su casa concurre muy buena sociedad y muchos conocimientos tuyos.

MAT. Lo siento. (Le rogaré á Manuel que busque otra casa.)

ROSA. Creí que os alegraría á tí y á tu Manuel concurrir á la fiesta de vuestra vecina, y vine á invitaros... por supuesto, con permiso de la opulenta Honorina.

MAT. Manuel es muy serio... y yo he renunciado para siempre... á esas fiestas.

ROSA. ¡Lo dices de un modo! Vaya, queda con Dios, y recibe este par de besos, últimos que te doy... hasta que vuelvas á ser «la Calandria.» (Rosa, como alocada, da un

beso á Matilde en cada mejilla y vase corriendo por el foro. Matilde la sigue hasta la puerta y en seguida llama á la criada y luégo se pasea con agitación.)

ESCENA VI

MATILDE llamando á la criada desde la puerta.

Pepa... Pepa... (Baja al primer término.) Voy á tener que irme de Madrid. Me arden las mejillas. ¡Cuánto tarda esa muchacha!

ESCENA VII

MATILDE y PEPA

PEPA. ¿Llamaba usted, señorita?
MAT. ¡Agua! Tráeme agua, ¡pronto!
PEPA. ¿Para beber?
MAT. Para beber, sí, porque me ahogo... (¡de vergüenza!)
PEPA. Voy en seguida.
MAT. Y agua para lavarme la cara.
PEPA. ¿Á estas horas? ¿Aquí?
MAT. Pronto, Pepa... ¡pronto! (Vase Pepa corriendo por el foro.)

ESCENA VIII

MATILDE paseándose agitada.

¡No sé lo que siento! Los besos de Rosa me queman la cara! ¡Ah! ¡Cuántas amarguras, cuántas decepciones para el pecador arrepentido! Es preciso. ¿Qué más castigo que el torcedor de la conciencia? (Entra la criada con un vaso con agua, sobre una bandejita, en una mano, y en la otra trae una porcelana, también con agua, y una elegante toalla colgada del brazo.)

ESCENA IX

MATILDE y PEPA

PEPA. Señorita, aquí estoy yo.

MAT. ¡Por fin! (Bebe con ansiedad. Coloca después el vaso sobre una mesa, arrebata la bandeja á la criada y deja la bandeja junto al vaso. En seguida moja la toalla en el agua de la porcelana y se lava las mejillas con fuerza. Todo lo dicho con mucha actividad y con energía febril, como si estuviese loca.)

PEPA. (Esta mujer tiene mala la cabeza.)

MAT. Mira, Pepa; mira á ver si ya tengo las mejillas limpias.

PEPA. Usted siempre lleva la cara bien lavada.

MAT. ¿Y ahora? ¿Hay alguna mancha?

PEPA. Como se ha frotado usted tan fuerte, y es usted tan blanca... lo que hay ahora es una rosa á cada lado de su cara de usted.

MAT. ¿Se han quitado las manchas? Imposible. ¡Si yo las siento! (Vuelve á lavarse las mejillas.)

PEPA. Es inútil ese trabajo. Tiene usted la cara limpia, y tampoco tenía usted mancha ninguna.

MAT. Los besos de Rosa. ¡Si aún los siento!

PEPA. ¿De esa señora que se fué? ¿Padece alguna enfermedad?

MAT. ¿No tengo nada? ¿De veras?

PEPA. El agua de Lozoya no quita las cavilaciones.

MAT. (Se deja caer en una butaca.) Tienes razón. Yo necesitaría todo el agua del Jordán. (Se cubre la cara con las manos.)

PEPA. (Ahora lágrimas. Si tiene manías muy á menudo, el diablo que la aguante.)

MAT. (Alzando la cabeza de pronto.) Vete ya; y cuando llegue el señorito, mientras el criado le abre la puerta, tú vienes á avisarme.

PEPA. El señorito está en su estudio, dibujando.

MAT. ¿No ha salido? (Lo siento.)

PEPA. Ordenó que le avisara en cuanto saliese la señora que vino de visita.

MAT. Pues cumple su orden; ó si no, el criado puede avisarle.

PEPA. Juan no está. Le envió el señorito en busca de un amigo suyo: de don Diego.

MAT. ¿Cómo lo sabes? ¿Quién es don Diego?

PEPA. Lo sé, porque lo oí. Don Diego es el amigo más íntimo del señorito. Compañeros de la infancia... del colegio. Se quieren como hermanos. Esto lo sé, porque me lo ha dicho Juan.

MAT. ¿Enviar recado á estas horas para que venga ese don Diego? Es singular.

PEPA. Dijo don Manuel, que después de avisarle la salida de esa señora...

MAT. Después... ¡vamos! ¿qué?

PEPA. Que no se le vuelva á molestar hasta que llegue don Diego.

MAT. (Está enfadado conmigo. ¡Maldita Rosa!)

PEPA. Pero don Diego debe llegar pronto, porque vive á la vuelta de la esquina.

MAT. Bien, vete. Cuando llegue don Diego, avísame. (La criada recoge el vaso y la bandeja y se va, llevándose todo lo que trajo.)

PEPA. Lo haré como usted lo manda.

ESCENA X

MATILDE bordando en las zapatillas.

¡Paciencia! No deben pesarme las contrariedades. De dolor en dolor se irá templando mi alma, ya que estoy decidida á romper con el pasado. ¿Qué no haría yo por el amor de Manuel? ¡Cómo me escuecen los malditos besos de Rosa!... Y no, no es eso: lo que me

escuece es la conciencia... la conciencia de que ni he sido buena, ni lo soy todavía. Pero... ¿cómo reducir á Manuel? ¿Cómo hacer para separarnos sin reñir? (Besa el bordado con efusión.) Aquí ha de poner sus piés. Así se los beso por anticipado, sin que él lo sepa; porque pensar que él me ha de permitir que me arroje á sus plantas, y se las bese y las riegue con mi llanto, es pensar en un impcsible. Aquí... aquí es preciso dejar las huellas de mi agradecimiento. (Entra Pepa apresurada.)

ESCENA XI

MATILDE y PEPA

PEPA. Don Diego acaba de llegar. (Matilde se levanta de su asiento con ligereza.)

MAT. Ayúdame á recoger esta costura.

PEPA. Le he visto entrar. Es un señor joven, elegante, serio y todo afeitado.

MAT. Bien; ya está todo recogido. ¿Queda por aquí algo que denote que hay una mujer en esta casa?

PEPA. El costurero.

MAT. Llévalo á mi habitación y nada quedará que me denuncie.

PEPA. Queda el olor, señora... y quedo yo.

MAT. ¿El olor?

PEPA. Usted va siempre muy perfumada y la sala se rocía con esencias.

MAT. Los hombres también las usan.

PEPA. Razón tiene usted: por eso hay tantos que parecen mujeres.

MAT. Trae el costurero, no sea que nos sorprendan. (Vanse por la puerta lateral de la izquierda. La criada se lleva el costurero. En cuanto ellas se ocultan, aparecen Manuel y Diego en la puerta del fondo.)

ESCENA XII

MANUEL y DIEGO

MANUEL. No está. No le gusta que la vean.
DIEGO. No está eso del todo mal.
MANUEL. ¿Eh? ¡Si hasta el costurero se ha llevado!
DIEGO. Voy creyendo que te estima.
MANUEL. No es razonable que se oculte... La llamaré. (Entra Pepa por la puerta de la izquierda.)

ESCENA XIII

MANUEL, DIEGO y PEPA

MANUEL. (Á Pepa.) ¿Y Matilde?
PEPA. Está en su habitación, rezando.
DIEGO. ¿Reza?
MANUEL. Esta chica lo dice.
DIEGO. Reza y cose... (Conversión casi segura.) (Pepa se marcha por la puerta del fondo.)

ESCENA XIV

MANUEL y DIEGO

MANUEL. Cose y reza, llora y ama... y se esconde.
DIEGO. Es urgente que me cuentes el caso.
MANUEL. Te envié á buscar para presentarte á Matilde. Dada nuestra verdadera amistad, no es justo que yo te guarde este secreto. (Se sientan.)
DIEGO. Tus relaciones con Matilde no son un secreto.
MANUEL. ¿Lo sabías?
DIEGO. Por eso hace un mes que no te visito.
MANUEL. ¿Me reprendes?

DIEGO. Me excuso por mi ausencia. Todas las lunas de miel son respetables, y las anónimas, más.

MANUEL. ¿Y cómo has sabido?...

DIEGO. Los criados son gacetilleros implacables. Además, la gente maldiciente siempre está al cabo de esos sucesos... tan importantes. De todos modos, yo iba á venir á verte esta noche.

MANUEL. Te agradezco esa confesión.

DIEGO. Era por compromiso.

MANUEL. ¡Ah!

DIEGO. El barón de Sierra-Elvira, don Práxedes Aguilar, millonario, solterón no viejo todavía, desea que pintes un retrato de tu prima Angelina.

MANUEL. ¿De Angelina? ¿Para él? ¿La conoce?

DIEGO. Ese retrato es un regalo que hace don Práxedes á tu tía doña Escolástica.

MANUEL. Pero si mi prima está en Granada.

DIEGO. Ha llegado hoy á Madrid con su madre y se hospeda en la casa de tus padres. (Manuel se levanta lleno de preocupación.)

MANUEL. ¡Angelina en Madrid!... (¡Pobre Matilde!) Lo creo, Diego, porque tú lo dices; pero venir así, tan de repente, sin avisar... y en estas circunstancias... cuando yo... cuando Matilde...

DIEGO. ¡Bah! Siéntate y no caviles ni tartamudees más palabras. Tus parientes vienen huyendo á los temblores de tierra.

MANUEL. (Cayendo como desplomado en la butaca.) Ellas sí que son para mí un terremoto.

DIEGO. Angelina no te conoce todavía y no hay peligro por ahora. Cuando reclame tu compromiso, ya habrás olvidado á Matilde.

MANUEL. (Con energía.) ¡Nunca!

DIEGO. Mucho quiere decir esa frase en ese tono. Volvamos al de Aguilar, para concluir de hablarte de Angelina. El barón marcha á París dentro de algunos días, desea el retrato pronto y quiere saber si tú te com-

prometes á hacerlo. Sabe que eres el futuro y además primo de Angelina, y por eso te prefiere á cualquier otro pintor. Para eso vendrá á verte esta noche.

MANUEL. Ojalá que no venga.

DIEGO. Posible es que no. El barón es hombre muy dado á la política... y á los deleites, y contra su voluntad, le suele faltar tiempo para todo lo que se propone. Ahora hablemos de Matilde. ¿Cómo la has conocido?

MANUEL. Para ponerte en antecedentes y para que la conozcas te envié á llamar. Una pequeña contrariedad que experimenté hace poco, aquí, en esta sala, me obligó á querer confiarte hoy lo que había aplazado para mañana.

DIEGO. ¿Una contrariedad? ¿Por ella?

MANUEL. Pasábamos dulcemente la velada; Matilde iba á tocar el piano, excusándose de no cantar, cuando nos fué anunciada la visita de una señora. Entró, efectivamente, una mujer joven, hermosa, bien vestida, habladora, alzando un ruído insoportable. Aquello era una tempestad de cintas, de encajes, de terciopelos, con relámpagos de diamantes y atmósfera de esencias olorosas. «La Cantaora,» Diego, ¡la Cantaora!

DIEGO. ¿Quién es? ¿La conoces?

MANUEL. No la conozco; pero se llama amiga de Matilde.

DIEGO. ¡Ah!

MANUEL. Y besó, y abrazó, y estrujó á la mujer que amo, á la mujer que me ama; y delante de mí, en mi casa, llamó á Matilde «¡Calandria, Calandria mía!» Aún tengo el sonrojo en el rostro. ¡La Calandria! ¿Comprendes, Diego? ¡La Calandria! ¡Su nombre de... antes!

DIEGO. Voy comprendiendo demasiado.

MANUEL. Al ver tratar á Matilde así, avergonzándola á mi presencia, toda la sangre me afluyó á la cabeza. Por Matilde, por supuesto, ¡por Matilde!

DIEGO. Te equivocas. Lo que afluyó á tu rostro fué toda tu vanidad, porque ni siquiera fué el rubor.

MANUEL. ¡Diego!

DIEGO. Aunque te enfades. Relátame lo que importa.

MANUEL. Conocí hace tres meses á Matilde en el Prado, á hora avanzada de la noche. Iba á su casa, salía del teatro, y al gran trote de los caballos de su berlina bajaba hacia Recoletos, cuando el coche fué de súbito asaltado, de acuerdo, sin duda, los asaltantes y el cochero. Se pretendía un escándalo: era una apuesta. Mi sola presencia bastó para acobardar á aquellos canallas.

DIEGO. Comprendido. Prosigue.

MANUEL. Primero ese favor, después repetidas visitas, por fin amor: hé aquí la síntesis de los sucesos. Por mí renunció á los galanteos de un gran señor italiano, y paso á paso, sin saber cómo... empezó por venir á mi estudio...

DIEGO. Y se ha hecho dueña de tu casa.

MANUEL. ¡Oh! Es rica, muy rica.

DIEGO. Ya lo sé.

MANUEL. Ella vive en esa habitación y yo en mi estudio.

DIEGO. Contéstame con sinceridad. ¿Piensas casarte con ella? No te pregunto si la amas, porque me vas á decir que sí.

MANUEL. ¿Yo?... Quizás. ¡Haces unas preguntas!

DIEGO. Voy á contestar por tí. Tú eres bueno, pero tienes todas las debilidades del hombre de este siglo y todas las preocupaciones del hombre del siglo pasado. Eso es lo más corriente entre los españoles de hoy. Matilde es bonita. Matilde te ama, tu amas á Matilde; pero Matilde es rica, y tú no quieres que ella, «la Calandria,» la arruinadora de millonarios, se figure que amas los dos millones—por lo menos—que ella posee.

MANUEL. Has leído en mi pensamiento.

DIEGO. Eso no es difícil, siendo yo también hijo de tu siglo.

MANUEL. Hay más, hay más.

DIEGO. Tú no eres rico, pero lo serás cuando heredes de tu padre; tú no eres avaro y desprecias el dinero—al fin artista—y Matilde lo sabe, porque las mujeres saben todo lo que les importa pero...

MANUEL. ¿Otro pero?

DIEGO. Pero Matilde, si es que te ama, no aceptará nunca ser tu esposa, á no ser que suceda algo de muy extraordinario.

MANUEL. ¿Por qué?

DIEGO. Porque ella—es seguro—ella no quiere que pienses que te finge amor para que la redimas; porque ella no quiere que pienses que compra tu apellido por dos millones.

MANUEL. ¡Me abrumas con tu lógica!

DIEGO. Hay más, hay más.

MANUEL. Lo más doloroso.

DIEGO. Es verdad. Si con Matilde te casas... tu padre recibe una pesadumbre, tu madre un dolor, tus parientes un ultraje y tus amigos te silban. Si amas á Matilde y te casas con Angelina, destrozas dos corazones. Por fin, si abandonas á Matilde y ella te ama, la matas.

MANUEL. ¡Diego! Eres inexorable.

DIEGO. Soy tu mejor amigo. Haces mal en vivir con Matilde bajo el mismo techo.

MANUEL. Ella quiere irse.

DIEGO. Deja que se vaya.

MANUEL. ¡Que se vaya! Deja que antes me acostumbre á esa idea; porque, sábelo, la quiero como á mi fama, como á mi inspiración, como á mi vida. Es locura... delirio... insensatéz. Las pasiones son irremediables, son hijas de los hombres, no de los siglos; viven del corazón, no de las costumbres. ¿Tiene eso remedio? ¿El que ama puede dejar de amar?

DIEGO. Tienes razón: tu caso, hoy, no tiene remedio.

MANUEL. ¿Y qué se hace cuando no hay remedio?

DIEGO. Tener paciencia y esperar... pero esperar el momento oportuno para obrar con resolución.

MANUEL. ¿Qué me quieres decir?

DIEGO. Que es digno salvar un alma para el cielo, si hay méritos para ello. Ahora, adiós. (Se pone en pié.)

MANUEL. No te vayas, Diego. Voy á llamar á Matilde, y junto

á tí reanudaremos la interrumpida velada. Espérate: estoy seguro de que Matilde accede. Me conviene que os conozcáis. Trátala con confianza desde el primer instante, y así vencemos la dificultad de la presentación. (Se acerca á la puerta de la izquierda, y llama con los nudillos y al mismo tiempo con la voz.) Matilde... Matilde, soy yo. ¿Se puede entrar? (Á Diego.) Que sí, me dice: espera un poco. Le diré quién eres, mi amigo, mi hermano, y en seguida salimos. (Vase Manuel por la puerta de la izquierda.)

ESCENA XV

DIEGO

Es locura... es delirio... es insensatéz la de estos niños grandes que quieren *jugar á los amores* con muñecas llenas de vida y de sentimiento. O se les rompe el juguete y les lastima el alma, ó le rompen ellos y destrozan una existencia. ¡En buena nos hemos metido!

ESCENA XVI

DIEGO, MATILDE y MANUEL

DIEGO. ¿Señorita?...
MANUEL. (A Matilde.) Diego Cisneros, mi amigo, mi confidente. Lo sabe todo.
MAT. (Á Diego.) Me dice Manuel que es usted como si fuera su hermano.
DIEGO. Esa es la verdad, Matilde.
MAT. Me dice que es usted muy bueno, muy generoso, muy caritativo...
DIEGO. Eso es exagerado. ¿Tú has dicho eso, Manuel?
MANUEL. Lo he dicho porque es verdad.

MAT. (Á Diego.) Me alegro que así sea; porque si así es... usted sabrá perdonarme... por lo que he tardado en salir. (Mucha intención en la frase «usted sabrá perdonarme.»)

DIEGO. (Á Matilde.) Nunca es tarde para mí.

MANUEL. (Á Matilde.) Diego sabe que cantas muy bien y que tocas el piano admirablemente. ¿Quieres que empecemos la velada oyéndote? Después hablaremos.

MAT. Así, ¿tan pronto? ¿tan sin ceremonia? ¿sin hacer á tu amigo los honores del estrado?

MANUEL. Los tres somos de casa.

DIEGO. Para mí será un placer oir á usted, señorita.

MAT. (Sentándose al piano.) Pues al piano, porque sería de mal gusto que me hiciese rogar. (Preludia la misma pieza que ensayó en la escena primera. Manuel se coloca apoyado en el piano, contemplando á Matilde como en éxtasis. Diego, detrás de ella, se dispone para ir volviendo las hojas del libro de música.)

MANUEL. (A Diego.) Ya verás, ya verás.

DIEGO. ¡Delicioso! Matilde es maestra. (En este momento se oye el rumor confuso de la fiesta en la casa de enfrente, que anunció Rosa. Voces, murmullos, carcajadas, y al fin un vals tocado por una orquesta. Matilde queda como aterrada; deja de tocar y se siente enferma.)

MAT. (La fiesta de Honorina. ¡Qué recuerdo tan penoso para mí! ¿Hasta cuándo me perseguirán?

MANUEL. (A Matilde.) ¿Qué tienes?

DIEGO. Está usted pálida... temblorosa... agitada.

MAT. Me siento mal. El calor sin duda. ¡Me ahogo!

MANUEL. Por cerrar los balcones: tú tienes la culpa. (Manuel abre el balcón. La fiesta se oye más distintamente.)

DIEGO. Buena idea. Salga usted al balcón un rato. El aire fresco de la noche mejorará á usted.

MAT. No, si ya va pasando.

MANUEL. Bien dice Diego. Salgamos al balcón. (Toma á Matilde de la mano y la lleva al balcón.)

MAT. ¡Si eso me va á hacer daño! (¡No sospechan que me asesinan!)

MANUEL. Un momento, un momento nada más. (Manuel y Matilde entran en el balcón. Diego se queda en el dintel. Se oyen ruidosas carcajadas. La música sigue; pero sin que estorbe para oir á los actores.)

DIEGO. No es esa música tan buena ni tan apacible como la que íbamos á oir. ¿Qué tal, Matilde? ¿Se siente usted mejor? (O es mujer muy nerviosa, ó posee un corazón de exquisito sentimiento.) (Redoblan las carcajadas, y cesa la música. Se oye una voz dentro, y después otras varias, que gritan de lejos, pero con claridad.)

LA VOZ. ¡La Calandria! ¡La Calandria!

VARIAS VOCES. ¡Viva! ¡Hip! ¡hip! ¡hip! (Muchas carcajadas. Matilde huye del balcón hasta llegar al extremo opuesto de la sala, y se cubre el rostro con las manos.)

MAT. ¡Jesús! (¡No hay misericordia para mí!)

MANUEL. (A Diego, fuera de sí, apretándole un brazo.) ¿Oyes?

DIEGO. (A Manuel.) (No seas torpe ni cruel. ¿Tiene ella la culpa? Enmienda tu yerro.) (Se acerca á Matilde.) ¡Matilde! ¿A ver el pulso?... ¡Ya pasó! Eso no es nada.

MANUEL. (Esforzándose por serenarse.) (Diego tiene razón. ¡Soy un verdugo!)

DIEGO. Sí: el pulso va bien, ya es regular. (Aparte, á Matilde, con rapidéz.) (Lo he comprendido todo. Seque usted esas lágrimas ¡pronto! y disimule usted su emoción: (Diego pasa al lado de Manuel y le dice) Nada: un ligero ataque de nervios. No hay porque te asustes. (A media voz.) Díla algo, hombre, díla algo.) (Le empuja hacia Matilde.)

MANUEL. ¿Te sientes mejor, Matilde?

MAT. Sí, sí; pero necesito un cordial. Voy á mi habitación y vuelvo en seguida. (Vase por la puerta de la izquierda.)

ESCENA XVII

MANUEL y DIEGO

DIEGO. Bien, amigo Manuel: te portas. ¿Es eso amor?
MANUEL. Esa falta de respeto me enfurece.
DIEGO. ¡Tu furor! Tu furor no tiene perdón.
MANUEL. Me mudaré de casa.
DIEGO. Basta con alejar á Matilde, y... ó rompe con ella si te avergüenzas, ó si la quieres, afronta el peligro sin pavura. Así tan sólo serás felíz. (Aparece Pepa en la puerta del fondo, anunciando.)
PEPA. El señor barón de Sierra-Elvira. (Vase.)

ESCENA XVIII

MANUEL, DIEGO y DON PRÁXEDES

PRAX. ¿El señor don Manuel Mendoza?
MANUEL. Servidor de usted. Sírvase usted tomar asiento. (El barón saluda á Diego. Se sientan los tres.)
PRAX. Mi amigo Diego habrá dicho á usted el objeto de mi visita. Deseo un retrato de su novia de usted para regalarlo á su mamá, y lo deseo pronto. ¿Se compromete usted á la obra?
MANUEL. Necesito un mes para terminarlo, con la condición de que no admito el precio del retrato.
PRAX. Eso... como usted quiera; pero reservo mi derecho para el regalo de boda. (No me conviene este hombre para Angelina.)
DIEGO. Don Práxedes es pariente de doña Escolástica.
PRAX. (A Manuel.) He visto nacer á su futura de usted. Hermosa y arrogante señorita, llena de talentos y virtudes.
MANUEL. Aún no la conozco, y sé, por Diego, que ha llegado.

PRAX. ¿Y no corre usted desalado á rendirse á su belleza?
MANUEL. Mañana, señor barón, mañana.
PRAX. Me marcho. ¿Cuándo se empieza el retrato? (Se pone de pié dando la espalda á la puerta de la habitación de Matilde.)
MANUEL. Cuando ustedes quieran. (El barón estrecha la mano á Manuel y á Diego. Aparece Matilde en la puerta de la izquierda y va adelantando poco á poco, sin ser notada.)

ESCENA XIX

MANUEL, DIEGO, DON PRÁXEDES y MATILDE

PRAX. Mendoza... Cisneros... siempre á sus órdenes.
MANUEL. Beso á usted la mano.
DIEGO. Adiós, barón.
MAT. (¿Barón? ¿quién será? (Don Práxedes va á irse por la puerta del fondo; pero al volverse ve á Matilde y no puede contener su exclamación franca, expansiva, aunque sorprendido.)
PRAX. ¡La Calandria!
MAT. (Queriendo huir y no pudiendo.) ¡Oh!
MANUEL. ¿Qué?... (Esto me faltaba.)
DIEGO. (¡Otra desdicha!) (Se interpone entre Matilde y el barón.)
PRAX. (A Manuel.) ¡Ah, bribonazo!
DIEGO. (Señalando á Matilde.) Hace su retrato... y por eso... (Aparte á Matilde.) (¡Valor!)
PRAX. (Dando una palmadita amigable á Manuel.) Mi enhorabuena, afortunado artista. (Luégo le lleva aparte y le dice:) (La he mantenido más de un año. Es un triunfo envidiable. (En seguida se va diciendo con naturalidad:) Adiós, Matilde... Adiós, señores.

ESCENA XX

MANUEL, DIEGO y MATILDE

Manuel llora. Diego se cruza de brazos mirando alternativamente á Manuel y á Matilde, y ella se tuerce las manos con desesperación. De pronto Matilde se arroja á los piés de Manuel y le abraza las rodillas. Manuel, sin mirarla, procura desasirse de ella.

MAT. ¡Perdón, Manuel mío! ¡Perdón por lo que ese hombre te ha dicho!

MANUEL. ¡Calla, calla! (Se vuelven á oir los murmullos de la fiesta de la casa de enfrente. Manuel rechaza á Matilde y cae sentado en la silla más próxima al balcón, que está abierto. Diego acude á Manuel. Matilde queda arrodillada en tierra, medio caída, mirando con extravío en torno suyo: se levanta de repente.)

MAT. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Voy á volverme loca! ¿Y esto es posible?... ¡Manuel! ¡Manuel! ¿No es verdad que me perdonas? (Se acerca á Manuel con explosión de dolor. Se le ha aflojado el peinado y lleva la cabellera suelta.)

DIEGO. (A Manuel.) Ten compasión de una mujer que llora. (Se oyen nuevas carcajadas en la vecina fiesta. Manuel se pone de pié, airado.)

MANUEL. Y esos que ríen, ¿tienen compasión de mí?

MAT. Manuel, Manuel mío, ¡por piedad!

UNA VOZ. (Dentro.) ¡La Calandria!

MUCHAS VOCES. ¡Hip! ¡hip! ¡hip! (Redoblan las carcajadas.)

MANUEL. (A Matilde.) ¿Escuchas? ¿Escuchas? (Diego cierra el balcón.)

MAT. ¡No puedo más!

MANUEL. (A Matilde.) ¡Aparta! ¡Lejos de mí! (Se deja caer en la silla cubriéndose el rostro.)

MAT. ¡Me desprecia!... ¡Me ahogo! .. ¡Me muero! (Da un gran grito, se oprime el pecho y cae desvanecida en los brazos de Diego, que llega á tiempo para sostenerla. La orqnesta de la fiesta vecina rompe, tocando una habanera. Se vuelven á oir las carcajadas y cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

En casa de Manuel. Estudio de pintor con todos sus accesorios. Puerta al foro y una en cada uno de los costados laterales. Las ventanas se suponen en la parte que mira al público. Una mesa con recado de escribir. Es de día.

ESCENA PRIMERA

MATILDE y MANUEL

Aparece Manuel pintando en un gran cuadro. Matilde está sentada, bordando.

MANUEL. Hay mucha luz en el estudio y no te conviene tanta claridad. Retírate, Matilde, á tu habitación. Tienes la vista enferma y...

MAT. ¡Ingrato! ¡No quieres que esté á tu lado!

MANUEL. ¡Que no quiero! Tú me obligas á pintar este cuadro, tú lo diriges, tú me inspiras, y sólo á tu lado me siento con fuerzas para tan gran obra; pero, hija mía, estás convaleciente, la enfermedad ha sido peligrosa... y tu salud me interesa.

MAT. Como que hice testamento.

MANUEL. Buen susto nos diste. ¡Maldito genio mío!

MAT. La culpa no fué tuya, Manuel.

MANUEL. ¿Pues de quién?

MAT. Mia, mia y sólo mía.

MANUEL. He implorado tu perdón y lo he obtenido. Mi susceptibilidad, mi orgullo... por poco te abren la sepultura. Otra vez más te juro que no te daré más pesares. Sólo oiré la voz de mi amor.

MAT. Segura estoy de que no me has de dar más disgustos. ¡Ojalá que yo pudiera evitártelos!

MANUEL. ¡Matilde!

MAT. ¡Me encuentro tan bien á tu lado! Y ya ves... mi resolución es irrevocable. Es indispensable una separación... no definitiva, no de olvido, sino de conveniencia. Podemos vernos... amarnos...

MANUEL. ¿Tú lejos de mí? Nunca. Sin mis injusticias de aquella noche fatal... quizás, quizás, soportaría... pero hoy es imposible. Júrame que no te irás ¡júramelo! ó creeré que me aborreces. (Manuel ha dejado de pintar. Matilde se pone de pié, dejando el bastidor sobre la silla.)

MAT. Júrame tú que nunca ¡nunca! has de amar á otra mujer. Júrame que me has de amar siempre, y aunque me engañes... si yo no lo sé... si yo no lo veo... te juro obedecerte. Á mí lo que me importa es tu amor. Fuerte con él, desafío á todos los dolores y á todos los maldicientes.

MANUEL. ¿A qué jurar? Somos unos locos. ¡Si no podemos vivir sin amarnos!

MAT. (¡No jura! ¡No jura!)

MANUEL. Recógete á tu habitación, Matilde mía. Es por tu bien. Compláceme, ó creeré que no me quieres.

MAT. Bien... sí; pero... ¡Ay, Manuel, me da el corazón que te voy á perder! Déjame un momento más á tu lado. Si te estorbo, no me hagas caso.

MANUEL. ¡Loca! ¿quién hace caso de corazonadas? (¿Sabrá que Angelina?... No, no sabe nada.)

MAT. Sigue pintando y deja que te mire. (Manuel la toma

dulcemente por una mano y la lleva á la puerta lateral de la izquierda.)

MANUEL. Basta de locuras. En tu habitación... á media luz... Necesitas reposo... y no bordar... ¡y no llorar!

MAT. ¡Pero si hoy necesito salir! He de ver á mi banquero sin falta. Hace cerca de tres meses que tengo abandonados mis negocios.

MANUEL ¿Salir? ¡Imposible! ¿Quién es tu banquero?

MAT. Enrique Mattossi, Montera, tres, principal.

MANUEL. Diego, á quien espero, nos hará el favor de avisarle. Eres mujer, estás enferma y Mattossi es bien educado: el banquero vendrá. ¡Vamos! No resistas á mis consejos. Por tu bien.. ¡Por mi amor!

MAT. ¿Por tu amor? Te obedezco, Manuel. Piensa en mí mientras trabajas. (¿Por qué no ha jurado?) (Vase por la puerta en cuyo dintel se ha la.)

MANUEL. ¿Por qué ese deseo de salir hoy?) (Aparece Diego en la puerta del foro.)

ESCENA II

MANUEL y DIEGO

DIEGO. ¿Cómo sigue Matilde? Urge su restablecimiento.

MANUEL. Sigue mejor, pero llora á hurtadillas. Quiere irse. Tú, su médico de cabecera ¿qué opinas?

DIEGO. La enfermedad está vencida, si con docilidad se siguen mis prescripciones. Ella debe ir á tomar aires, á Suiza, por ejemplo. Tú debes quedarte en Madrid. No es prudente contrariarla, ni dejarla salir de casa en unos días. Su mal, ahora, está en el alma, y el alma está muy honda para la vista del médico. Creo que si las afecciones morales tienen remedio, se curan con la felicidad.

MANUEL. Acaba de marcharse de aquí. Quería salir de casa á ver á Mattossi, á su banquero.

DIEGO. ¿A su banquero? (¡Hum!)

MANUEL. ¿Te quedas pensativo?

DIEGO. No debe salir: no se lo permitas.

MANUEL. La he convencido. Se lo rogué por mi amor.

DIEGO. El amor hace milagros. ¡Lástima es que en este siglo no se crea en él! El sólo basta para desacreditar todas las panaceas.

MANUEL. He ofrecido á Matilde que tu irías á rogar á Mattossi que venga á verla.

DIEGO. Iré á verle en seguida.

MANUEL. Yo no me he ofrecido á ir, por delicadeza.

DIEGO. ¿Conoces á Mattossi?

MANUEL. No. (Diego se sienta en una silla.)

DIEGO. Voy á hacerte el retrato de Mattossi.

MANUEL. ¡Pero hombre! ¿Te sientas? Matilde espera á su banquero.

DIEGO. Siéntate, ó pinta, pero escucha. Mattossi es muy digno de ser conocido, y... además, es preciso que hablemos de otras muchas cosas.

MANUEL. (Sentándose.) Te escucho.

DIEGO. Mattossi es rubio, joven, discreto, apacible, buen mozo, impasible y adora en el dinero. Tiene amor propio como hombre de la banca, y por no perder un negocio vendería á la humanidad. Es un hijo del siglo veinte, nacido antes de tiempo, del siglo que más se parecerá al siglo quinto, y perdóname el vaticinio. Mattossi no tiene en más á una mujer que á un perro de caza, para el amor, se entiende. El día que no viva en la opulencia, se pegará un tiro. ¡El amor! Mattossi no le concibe, no cree en tan rara cosa.

MANUEL. Pero, Diego...

DIEGO. Sigue escuchando. Es hombre severo á su manera; habla poco y bien; es cortés y generoso, porque eso le da fama, y entiende de todo un poco; pero sobre todo de pintura, y más que de pintura, de explotar las vanidades humanas. Toda su actividad está en su cabeza. Ya le conoces.

MANUEL. ¿Y qué me importa á mí todo eso?

DIEGO. ¡Diablo! A esos hombres hay que conocerlos.

MANUEL. Ibamos á hablar de otras cosas.

DIEGO. De tí... de Angelina... y de Matilde.

MANUEL. ¿Sabes?...

DIEGO. Sé algo; pero necesito saberlo todo. Habla.

MANUEL. Mi padre conoce las relaciones que sostengo con Matilde. Me ha exigido la separación y que me case con Angelina en el plazo de ocho días. Me he negado á las dos exigencias.

DIEGO. En lo del casamiento has hecho bien. En lo de la separación opino como tu padre.

MANUEL. Mi madre, enferma, doliente, me ha exigido que me case con Angelina, y la he prometido que será, si puede ser, dentro de un año Doña Escolástica, mi tía y futura suegra, desea la boda, y pronto.

DIEGO. ¿Y Angelina?

MANUEL. Angelina guarda un silencio discreto. Diego, Angelina me causa miedo. Espléndida hermosura, formas acabadas, virtud irreprochable, talento natural, esmerada educación... pero ¡tiene un modo de mirar! ¡Hallo una luz tan fuerte, tan enérgica en los rayos que lanzan sus hermosos ojos! Angelina será un peligro para su esposo.

DIEGO. ¡Quién sabe! Hoy... para tí, el peligro es Matilde; el amor que te tiene, quiero decir.

MANUEL. Angelina no me amará nunca.

DIEGO. ¿Amor propio? Angelina vencerá.

MANUEL. Hoy viene con su madre para lo del retrato. Siempre las acompaña el barón.

DIEGO. ¿Lo sabe Matilde? ¿Sabe que Angelina?...

MANUEL. Ni lo sabe, ni la conoce, ni está en antecedentes de mi compromiso.

DIEGO. Engañarla hasta que se vaya, es una obra de caridad. Réstame decirte que tu padre te espera. Ves á verle en seguida. (Se ponen los dos en pié.)

MANUEL. ¿Mi padre? ¿qué quiere? ¿sabes tú?...

DIEGO. Nada... sino que es deber tuyo no dilatar la entrevista.

MANUEL. Quieren que deje de amar á Matilde. ¡Imposible!

DIEGO. Voy á saludarla. Acompáñame. Saldremos por la otra puerta, tú para ir á hablar con tu padre, yo para ir en busca del banquero.

MANUEL. Sí, sí, vamos. La vista de Matilde me consuela.

DIEGO. (¡Y la está matando!) (Vanse los dos por donde se fué Matilde.)

ESCENA III

ANGELINA, DOÑA ESCOLÁSTICA y DON PRÁXEDES

Entran por la puerta del fondo en cuanto desaparecen Diego y Manuel.

ANG. Manuel no está aquí. ¿De quién será esto? (En seguida ve el bastidor de bordar de Matilde.) Bonito bordado.

ESC. ¿Á ver? Sí... de alguna costurera debe ser. Los artistas se permiten muchas libertades. Ya lo amansaremos. ¡Pero es un descuido! (Angelina sigue preocupada sosteniendo el bastidor. El barón examina el cuadro en que Manuel pintó.) Sabe Manuel que ha de venir Angelina, su novia, una niña bien nacida, la que va á ser su esposa, y nos deja á la vista esta prueba de su mala conducta. ¡Jesús, qué afrenta!

ANG. (Será costurera, será cualquier cosa; pero ya averigüé por qué no se rinde á mi hermosura.)

ESC. Deja ese bastidor, niña; déjalo, porque te van á escocer los dedos. ¿Dónde estará Manuel? (Angelina arroja el bastidor á un rincón del suelo.)

PRAX. Ese bastidor es de la Calandria.

ESC. }
ANG. } (Á un tiempo.) ¿La Calandria?

PRAX. Le sirve de modelo para este hermoso cuadro: *La conversión de la Magdalena.* Estoy en algunos ante-

cedentes... y esta hermosa *Magdalena*, no me deja duda.

ANG. (Fijándose mucho en el cuadro.) ¡Hermoso cuadro! ¡hermosa figura!

ESC. Entonces hay que disculpar á Manuel. Todos los grandes pintores necesitan modelos vivos.

PRAX. Pero sepamos dónde está Mendoza. (Hace sonar el timbre de la escribanía.)

ANG. ¡Qué bien pinta Manuel! Me siento orgullosa. Va á hacerme un retrato divino.

PRAX. ¡Divina eres tú, divina! (Aparece en la puerta del foro un criado. Don Práxedes le sale al encuentro y habla con él en voz baja.)

ANG. (Refiriéndose al barón.) (Me encocora este hombre.) (Vuelve á mirar al cuadro con insistencia.)

ESC. (Á Angelina.) Se le cae la baba al barón, siempre que te mira. (¡Si quisiera casarse, pero cá!) (El barón vuelve al primer término. El criado se va.)

ANG. (¿Se parecerá esta Magdalena al modelo?)

ESC. (Al barón, aparte.) (¿Quién es la Calandria?)

PRAX. Una aventurera. (Me conviene desacreditar á Mendoza.) (Sigue hablando con Escolástica.)

ANG. (Es preciso que Manuel se me rinda. ¡Es preciso! Porque si no... voy á concluir por enamorarme de él sin que él lo esté de mí.) (Al barón.) ¿Se parece esta Magdalena á la Calandria?

PRAX. En nada por lo que respecta á la semejanza del rostro. En el cuadro palpita algo mas importante. La Magdalena se arrepintió y amó á Dios: «la Calandria» se arrepiente por amor al prójimo. El cuadro es apropiado al caso.

ANG. ¡Le ama! ¿Y él?

PRAX. Él se deja querer... para obtener un cuadro que pondrá el sello á su reputación. (Angelina, disgustada, va á pasearse por el segundo término, mientras hablan Escolástica y don Práxedes, sin que se entere Angelina.)

ESC. ¿Será cosa de reñir con Manuel?

PRAX. Todavía no hay motivo. Es joven, buen artista... será rico. Le conocemos poco: esperemos á conocerle. Sepamos antes si Mendoza y Angelina pueden amarse.

ESC. ¿Quién es capáz de no amar á ese ángel? (Angelina baja al primer termino.)

ANG. ¿Dónde estará mi primo?... ¡Desatento!

PRAX. Díjome el criado que Mendoza fué á ver á su padre para asunto muy urgente...

ESC. Ya sé para lo que es.

PRAX. Y que vuelve en seguida.

ESC. Le esperaremos.

ANG. Vergüenza me da por la impaciencia que siento. (Por el poco caso que me hace.)

PRAX. En tanto que Mendoza vuelve, voy al Casino. Me urge ver á cierto sujeto. Volveré. (Al pasar cerca de Angelina le dice aparte:) (No conviene á tu reposo que te tomes tanto interés por tu primo.) (Angelina se le queda mirando con mal talante.)

ANG. (¡Qué tutor tan insoportable!) (Vase don Práxedes por la puerta del fondo.)

ESCENA IV

ANGELINA y DOÑA ESCOLÁSTICA

ANG. Díme, mamá: ¿qué autoridad tiene don Práxedes sobre mí? ¿Es mi tutor ó mi ayo sin que yo lo sepa? ¿Por qué le permites que te dirija y aconseje? ¿Qué le liga á nosotras?

ESC. ¡Qué aluvión de preguntas!

ANG. Se me hace insoportable. Voy á odiarle.

ESC. No es sitio este á propósito para decirte...

ANG. Estamos solas.

ESC. Es nuestro pariente... pariente mío, muy lejano; pero para el caso, como si fuese mi padre, ó el tuyo: somos sus herederas. Es millonario y nos quiere: hay que tenerle contento.

ANG. Es muy dominante. No podré quererle nunca.

ESC. Es joven aún... célibe... hombre influyente...

ANG. Te juro que todo eso me importa menos que la tardanza de mi primo Manuel. Guarde el barón sus riquezas y déjenos en paz.

ESC. (Después de asegurarse que están solas.) Me obligas á decírtelo todo. Vamos en coche, gracias á su bondad. Tu padre murió arruinado y don Práxedes era el acreedor, el dueño de nuestros bienes. «Soy rico y vosotras mis herederas. ¿Cómo he de permitir que quedéis en la miseria?» Esto me dijo hace catorce años—tú contabas cuatro de edad,—esto me dijo, y ha cumplido hasta ahora. Era un gran amigo de tu difunto padre. Y él dice que no piensa casarse nunca.

ANG. Me alegro de eso, no se le fuera á ocurrir casarse conmigo. ¡Dios me libre!

ESC. No es mal partido. Yo lo preferiría á Manuel.

ANG. Te confieso que don Práxedes me es odioso. Y... ¿rompió los papeles que acusan esos créditos á su favor? ¿Te los devolvió?

ESC. Los conserva para hacernos donación... cuando se muera.

ANG. ¡Los conserva!... ¡Lo siento! (Esto lo dice Angelina con mucho pesar y queda muy pensativa. Después de un intante se rehace.) No se lo agradezco; pero comprendo que tiene derecho á querernos... y á mortificarme.

ESC. Eres muy altiva. En fin, si te casas con Manuel, y parece que es cosa hecha, te colocas en condiciones de no sufrirle el genio al barón.

ANG. ¡Contenta me tiene Manuel! Un favor te voy á pedir. Cuando llegue Manuel, déjame hablarle á solas cinco minutos. Quizás es tímido; quizás... como siempre me ha hablado delante de tí... No es cosa de casarme con un hombre que ni siquiera me dice que soy bonita. (Como hoy no me declare su amor, no me caso.)

ESC. Manuel es buen partido. Estáis prometidos el uno para el otro desde niños. ¿No te gusta?

ANG. Manuel, sí; el compromiso, no. ¡Desde niños! Los que han de casarse son los que deben prometer, y Manuel no promete nada.

ESC. En este momento su padre le está sermoneando para que se case dentro de ocho días.

ANG. ¿Sermoneando? ¿Para que se case conmigo? ¡Cuando yo lo decia! (Hoy, si le rindo, le doy calabazas.)

ESCENA V

DOÑA ESCOLÁSTICA, ANGELINA y MATTOSSI

Enrique Mattossi entra por la puerta del fondo. Al ver á las señoras se descubre y saluda. Atraviesa por el escenario y se va por la puerta lateral de la izquierda en cuanto él y Angelina dicen los siguientes apartes.

MAT. (Dice el criado que entre por la puerta de la izquierda y después... ¡Ah! Unas señoras.)

ANG. (Á su madre.) (Un baballero. ¿Quién será?) (Ellas devuelven el saludo á Mattossi. El se detiene en el dintel de la puerta de la izquierda mirando á Angelina, que también lo mira por debajo de las pestañas.)

ESC. (Á Angelina.) (Un amigo de Manuel. ¿Será mudo?)

MAT. (Por Angelina.) (¡Hermosa mujer; arrogante figura!)

ANG. (Por Mattossi.) (¡Cómo me mira! ¡Con qué descaro!) (Vase Mattossi por la izquierda.)

ESCENA VI

DOÑA ESCOLÁSTICA y ANGELINA

ESC. Ese parece que es como de casa.

ANG. ¡Qué hombre tan elegante! ¡qué distinguido!

ESC. Te devoraba con la mirada.

ANG. ¿Tú crees?... (Bien lo he visto yo.) (Entra Rosa por la puerta del fondo.)

ESCENA VII

DOÑA ESCOLÁSTICA, ANGELINA y ROSA

Rosa no apercibe á las dos señoras, por el pronto.

ROSA. (Cualquiera es dueño de hacerse un retrato. Con este motivo quizás vea á Matilde... ¿Eh? (Saluda á las dos señoras con una reverencia exagerada.)

ESC. (A Angelina.) (¡Elegante mujer! ¡Distinguida!

ANG. (¿Será ésta la del bordado?)

ROSA. (¡Á ver cómo te portas, Rosa!... ¡Hum! Con finura, que éstas son... batista... batista fino.) (Á Angelina.) ¿Está el pintor? ¿el artista?

ESC. No: pero mi sobrino ya no ha de tardar.

ROSA. (¡Ah! Son parientes suyas.) Bien: le esperaré.

ANG. Puede usted entrar en ese gabinete. (Señala á la puerta lateral de la derecha.)

ROSA. (¿Conocerán á Matilde?) ¿Son ustedes de casa?

ESC. Sí y no. ¿Y usted?

ROSA. Vengo á retratarme.

ANG. (No es ella.)

ESC. También está haciendo el retrato de mi hija.

ROSA. Muy linda señorita.

ANG. Gracias. Pero entre usted á sentarse.

ESC. Mi futuro yerno no ha de tardar. Sin embargo, le podemos esperar sentadas.

ROSA. (¡Futuro yerno!... ¡Pobre Matilde!) ¿Y quién es la novia?

ESC. Angelina, mi hija, prima de Mendoza.

ROSA. (Pues os voy á dar un mal rato por el que váis á dar á Matilde.) Creí que Mendoza era casado.

ANG. ¿Casado?

ESC. No lo es, pero va á serlo muy pronto.

ROSA. ¡Pero si yo conozco á la señora de esta casa!

ANG. ¡Mamá! ¿Qué dice esta señora?

ESC. ¿Usted la conoce? Entre usted, señora; entre usted en

el gabinete. Deseo hablar con usted á solas. Tú te quedas aquí, Angelina. (¿Qué será esto?)

ROSA. (¡La de San Quintín!) Cuando usted guste, señora mía. (Matilde quedará vengada.) (*Vanse doña Escolástica y Rosa por la puerta de la derecha.*)

ESCENA VIII

ANGELINA

¡Qué hombres! ¡Qué hombres! Esto es inaudito. Sí, sin duda ninguna: la señora de la casa es la Magdalena del cuadro, la bordadora del pañuelo. Hubiese perdonado á Manuel una calaverada... pero esto no tiene perdón. Conmigo frío, ceremonioso, reservado, y con ella... con ella... ¡debe adorarla! Y está aquí, en esta casa que iba á ser mía; y es dueña del amor del que iba á ser mi esposo! Ya no lo será: no debe serlo: no quiero que lo sea. El cieno de esa pasión salpicaría lo inmaculado de mi diadema de azahares. ¡Me siento humillada! Es preciso reducir á Manuel, rendirle, y después despreciarle. ¡Y le amo, sí, le amo! Pero no seré su esposa. ¡Pobre corazón mio! ¡Cuán pronto te han lastimado! Adiós, ilusiones; adiós, amor! Tenía razón don Práxedes. (*Se acerca á la puerta lateral de la izquierda.*) Hé aquí la infranqueable barrera de mi felicidad Aquí vive esa mujer dichosa que, si me oyese, se reiría de mi dolor... ¡de mi llanto! (*Se seca las lágrimas, se iergue y suelta una carcajada.*) ¿Pues no estoy llorando? ¡Já, já, já! ¡Bueno estaría!... El primer amor, el primer dolor. Ya pasó.

ESCENA IX

ANGELINA y MATTOSSI

Se abre la puerta de la izquierda y aparece Mattossi. Angelina retrocede asustada. Mattossi la saluda, pasa de largo y se dirige á examinar el cuadro de la Magdalena.

MATT. ¿Señorita?... (¡Es magnífica, tentadora!)

ANG. (Me asusté. Creí que era ella.) (Mattossi examina el cuadro con atención.)

MATT. (Notable dibujo... plasticidad sin igual... buena ejecución... buenos efectos de luz.)

ANG. (¡Qué hombre tan original! Entre un cuadro y una andaluza de dieciocho años, prefiere mirar al cuadro.) (Esto lo dice dando la vuelta por detrás del cuadro, de modo que viene á situarse á la extrema derecha del primer término. Mattossi sigue mirando el cuadro.)

MATT. (Entonación .. colorido... Este cuadro bien vale veinticinco mil duros... pero esta señorita vale más. Esa ha nacido para gastarlos cada seis meses.) (Se vuelve á mirar á Angelina. Mattossi, aunque atento al cuadro, no la ha perdido de vista. Cuando se vuelve á mirarla, lo hace con seguridad de que Angelina está á su izquierda, aunque antes estaba detrás de él. Para ello téngase en cuenta que el cuadro está en el centro de la escena, aislado, sobre un caballete. Entra el barón por la puerta del fondo.)

ESCENA X

ANGELINA, MATTOSSI y DON PRÁXEDES

ANG. (¡Vaya un modo de mirar! Estoy avergonzada.)

PRAX. ¡Mattossi, amigo mío!

MATT. ¡Mi querido barón! (Cambian ellos un fuerte apretón de manos.)

ANG. (Se llama Mattossi... ese hombre sin alma.)

PRAX. ¿Tú por aquí, Enrique? ¿Qué contemplabas? (Mattossi lleva al barón aparte.)

MATT. (¡Soberbia! ¡hermosa! ¡magnífica! No he visto nada igual. Basta para llenar un salón.)

PRAX. (¡Esa pintura! Es cierto que revela genio.)

MATT. (No, hombre, no: esa mujer. Te hablo de ella.)

PRAX. (¿Angelina?)

ANG. (De mí están hablando; me zumban los oídos.)

MATT. (Al barón.) (Mujer para un millonario. ¿Es soltera?)

PRAX. (Se casa dentro de unos días. Su madre debe estar en ese gabinete de la derecha.)

MATT. (Preséntame á la mamá en el acto.) (Toma al barón del brazo y lo conduce á la puerta de la derecha.)

PRAX. (Vas á perder el tiempo... pero, pues lo quieres...)

MATT. (Si me he de casar, alguna vez, este es mi negocio.) (Al pasar Mattossi por el lado de Angelina le hace una ceremoniosa reverencia, que ella contesta con majestad.)

ANG. (Me va á hacer reir á mi pesar.) (Detiene al barón y lo lleva apartè. Mattossi espera al barón, ya en el umbral de la puerta de la derecha.) (¿Quién es ese original?)

PRAX. (Enrique Mattossi, banquero, célibe y millonario. Tiene casa de banca en París y en Madrid. Quiere casarse contigo.)

ANG. (Sin poder contenerse.) ¡Já, já, já! ¡Qué escopetazo!

PRAX. (A Mattossi.) Sígueme, Enrique. (Vanse Mattossi y el barón por la derecha.)

ESCENA XI

ANGELINA

¡Tiene casa de Banca en Madrid y en París! ¡Es millonario! Con el amor de Manuel no hay que contar. Se me presenta la ocasión de sacudir la odiosa tutela de don Práxedes. Casándome con Mattossi pago al barón las deudas de mi padre y... ¡Muy de prisa vas, pensamiento mio! ¿Y si Manuel no renuncia á

mi mano? (Entra Diego en escena por la puerta del fondo y Rosa por la de la derecha.)

ESCENA XII

ANGELINA, ROSA y DIEGO

ROSA. (Al ver á Diego.) (Este es el amigo. Bueno es que...)

ANG. (A Diego.) ¿Y Manuel?

DIEGO. Antes de cinco minutos estará aquí.

ROSA. (A Angelina.) Con permiso de usted, señorita. (A Diego.) Unas palabras, caballero. (Diego y Rosa hablan aparte. Angelina medita.)

DIEGO. Estoy á las órdenes de usted.

ROSA. Yo me llamo Rosa, pero me llaman la Cantaora.

DIEGO. ¿La Cantaora? ¿Y se atreve usted?...

ROSA. Vine por si podía ver á Matilde. No'la he visto; pero me marcho contenta. Esa... iba á dar un pesar á la Calandria.

DIEGO. ¿Cómo? ¿Sabe usted?...

ROSA. ¡Todo! Y ellas también lo saben todo.

DIEGO. ¡Señora!

ROSA. Esa... es posible que ya no se case con el pintor.

DIEGO. Se casará, ¡se casará!

ROSA. En este momento el banquero Mattossi solicita la mano de Angelina. He vengado á Matilde. (Hace á Angelina un saludo amable y prolongado y se va por la puerta del fondo, diciendo aparte.) (Y es bonita, más bonita que que Matilde.)

ESCENA XIII

ANGELINA y DIEGO

DIEGO. (¿Será verdad? Angelina está ensimismada. ¿Será la Cantaora la que nos salve del compromiso? Veamos.

(Se acerca á Angelina.) ¿Señorita?... Está usted muy distraída

ANG. Pensando en mis galas nupciales.

DIEGO. El banquero Mattossi solicita su mano de usted.

ANG. ¿Él? Es una excentricidad sin ejemplo.

DIEGO. Eso digo yo.

ANG. No puedo casarme con dos.

DIEGO. No es hora de retroceder. Se hablaría mucho. (Aparece Manuel en la puerta del fondo.)

ANG. ¡Pero si yo amo á Manuel!

ESCENA XIV

ANGELINA, DIEGO y MANUEL

MANUEL. (¡Me ama! Mi padre tiene razón: ¡no hay remedio!)

DIEGO. (A Angelina.) (¡Silencio! Manuel en la puerta.)

ANG. (¿Me habrá oído?) (A Diego.) Quisiera hablar á solas con mi primo.

DIEGO. (A Angelina.) Oportuno es el momento. (Diego y Angelina siguen hablando aparte. Manuel se ha quedado en la puerta mirando hacia el pasillo, en el que se supone que ha encontrado á Rosa.)

MANUEL. (¡Esa mujer otra vez! ¿Habrá visto á Matilde? aquí salía. ¿Habrá hablado con Angelina?) (Muy poco á poco va bajando al primer término. Diego y Angelina cesan en su conversación. Diego se aproxima á Manuel. Angelina, en el extremo opuesto, aparece llena de cortedad.)

DIEGO. (Á Manuel.) (Aplomo y galantería. Más alegre ese semblante: Angelina te está mirando.)

MANUEL. (A Diego.) (¡Bueno estoy yo para alegrías!)

DIEGO. (Á Manuel.) (Disimula. Engáñala si quieres.)

ANG. (¿Cuándo se irá Cisneros?)

DIEGO. (A Manuel.) (Engáñala, ó se arma un escándalo.)

MANUEL. (A Diego.) (¿Por qué?)

DIEGO. (A Manuel.) (Angelina sabe que Matilde te ama y que está aquí, en esta casa.) (Se separa de Mannel y se dirige

á la puerta de la derecha; pero al pasar cerca de Angelina la dice aparte:) (Duro en él.)

ANG. (Llegó el instante.)

DIEGO. (Yéndose por la puerta de la derecha.) (Sepamos lo que pasa aquí dentro.)

ESCENA XV

ANGELINA y MANUEL

Ninguno de los dos se decide á hablar el primero.

MANUEL. (Dice bien Diego: hay que disimular, hay que engañarla .. y evitar que Matilde se entere.)

ANG. (Le tengo amor, y su presencia me intimida; pero hay que rendirle: mi amor propio lo exige.)

MANUEL. (Y hay que ganar tiempo. Angelina me seduce: ¡es muy bella! Pero mi amor es para Matilde.)

ANG. (¡Nada!... Esa mujer le roba hasta el pensamiento. ¡Y es arrogante mozo!... Como si no. Mi dignidad me prohibe tomarle por esposo.)

MANUEL. (Seré galante Eso es conveniente y no compromete. Ganemos su voluntad, por si me caso con ella.)

ANG. (Seré yo la primera en hablar. Estoy ofendida y necesito vengarme. ¡Ojalá que su amante sea celosa y nos espíe. Sería completa mi venganza.) (Se dirigen el uno hacia el otro.)

MANUEL. ¿Angelina?...

ANG. ¡Gracias á Dios! ¿Tienes algún pesar, Manuel?

MANUEL. No, prima mía, no. La idea de que vamos á unir nuestra existencia para siempre...

ANG. ¿Te entristece esa idea?

MANUEL. ¿Y á tí?

ANG. (Rehuye la contestación.) A mí un poco.

MANUEL. ¿No me quieres?

ANG. (¡Si pudiera ser!) Escucha lo que me entristece. Desde muy niña estoy oyendo hablar de tí. Días y días,

años y años, me han estado diciendo: «tu primo Manuel se casará contigo. Es bueno, galante, laborioso y sueña con su Angelina.» Niño en Madrid, adolescente en París, hombre en Roma, aprendiendo y estudiando, no has podido conocerme; pero tenías mis retratos. De mí no sé lo que te dirían, pero yo te escribia. De tí, sin cesar, me han dicho siempre lo mismo; y tus cartas y tus retratos me hicieron tu enamorada Llega el momento de conocerte... llego á Madrid y veo que eres mejor, mucho mejor de lo que acusan las fotografias; tanto, que estoy segura de tener muchas rivales.

MANUEL. ¡Angelina!

ANG. Soñaba yo... ¿para qué contarlo? El romanticismo ha pasado ya.

MANUEL. (¡Me seduce!) ¿Qué soñabas? Sépalo yo siquiera para remediar mi falta. Los artistas y los poetas viven siempre preocupados y no aciertan á vivir en el mundo de las realidades.

ANG. Eso será .. eso debe ser. Este magnifico cuadro, *La conversión de la Magdalena*, debe absorber todo tu tiempo, toda tu inspiración.

MANUEL. ¿Qué soñabas? No seas rencorosa, cuéntamelo.

ANG. Soñaba yo—sin duda bajo la influencia de las leyendas caballerescas que todavía murmuran las aguas bulliciosas del poético Genil,—soñaba yo con suspiros, tiernas pláticas y dulcísimas confidencias entre las flores del jardín, y al despertar del ensueño llamarme la señora de Mendoza, y después seguir soñando .. Pero todo esto es poco interesante. Aún no he podido oir de tí que me amas.

MANUEL. ¡Angelina! ¡Ah! Si pudieses leer en el fondo de mi alma! Tienes razón. He debido rendirme á tus plantas, conquistar tu afecto, tu amor. (Esta situación es horrible.)

ANG. No lo he dicho por tanto. No creas que pretendo escenas de esas que halagan á la que va á ser esposa.

(No tienes en las venas ni una gota de sangre andaluza.)

MANUEL. ¿A tus piés? ¿Y por qué no? Cualquiera con menos títulos, con menos motivo, se rendiría ante tanta hermosura. ¿Me absuelves? (Hinca una rodilla en tierra y la toma una mano, que ella no retira, aunque sí hace vivas instancias á Manuel para que se alce; pero como desea tenerlo arrodillado el mayor tiempo posible, va dejando caer al suelo todos los objetos que puede, para que él, por recogerlos, no pueda levantarse. Angelina está de espalda á la puerta de la izquierda y Manuel á la de la derecha.)

ANG. ¡Ah! ¡Por Dios, Manuel! ¡Alza... álzate!

MANUEL. Antes de la boda, la conquista.

ANG. Vas á creer de mí... Levanta, lo exijo. ¡Ay, mi pañuelo! (Manuel va á levantarse; ella deja caer el pañuelo; Manuel lo recoge y se lo da, de rodillas. El mismo juego con el abanico, con un guante, y por fin con una flor que ella lleva sobre el pecho. Se entreabre la puerta de la izquierda y asoma Matilde la cabeza con las facciones alteradas por los celos y el dolor. Angelina no puede verla por estar de espalda á la puerta. Manuel no la ve, ocupado como está en recoger el abanico, el guante y la flor.)

MANUEL. (Dando el pañuelo á Angelina.) Toma.

ANG. ¡El abanico!... Yo lo cogeré.

MANUEL. Toma. Hay que aplazar la boda...

ANG. ¡Ahora el guante! Déjalo, déjalo.

MANUEL. El guante. La boda sin conquista...

ANG. (Dejando caer la flor.) ¡Jesús! Soy una romántica muy torpe.

MANUEL. La flor. (Besa la mano á Angelina y se alza. Aparece don Práxedes en la puerta de la derecha.)

ANG. La flor es para tí. (Matilde exhala un gemido involuntario, comprimido, apenas perceptible y cierra la puerta de la izquierda, desapareciendo. Al mismo tiempo don Práxedes tose ligeramente. Manuel y Angelina oyen la tos y el gemido; ella radiante de alegría y él consternado. Manuel no ve á don Práxedes hasta que éste habla.)

MANUEL. (¡Matilde!)
ANG. (¡Ella! Venganza completa.)
PRAX. (Si no se aman, se amarán. No me conviene.)
ANG. (A Manuel.) Si sigues así, te iré creyendo.
MANUEL. (¡Peligroso juego! No me caso.)
PRAX. Estamos esperando al pintor.

ESCENA XVI

ANGELINA, MANUEL, DON PRÁXEDES y DOÑA ESCOLÁSTICA

ESC. Manuel, ¿vas á terminar el retrato?
MANUEL. Vamos. (¡Pobre Matilde mía!)
PRAX. (Á Angelina.) (No te conviene Mendoza.) (Angelina toma el brazo de Manuel y se dirigen ambos al gabinete de la derecha. Doña Escolástica se aproxima al barón.)
ANG. (A Manuel.) ¿Se concluye hoy el retrato?
MANUEL. Sin falta. (¡Y no poder acudir á Matilde!) (Vanse Angelina y Manuel.)
PRAX. Hay que reñir con Manuel y deshacer la boda.
ESC. Eso es lo digno. Déjalo de mi cuenta. (Vanse los dos por la derecha.)

ESCENA XVII

MATILDE; lleva sombrero y una limosnera en la mano.

¡Terrible escena! ¡Adiós, Manuel! ¡adiós para siempre! (Se acerca á la mesa y en un papel escribe y firma.) ¡Adiós! Para tí las flores, para mí las punzantes espinas. Sé felíz. ¡Sé felíz, ya que yo no puedo serlo! (Se adelanta á mirar al gabinete de la derecha y retrocede. Quiere irse y le

falta resolución; se oprime el pecho y solloza.) ¡Valor! El dolor, sólo el dolor redime. ¡Manuel!... ¿Por qué he de hacerle desgraciado, amándole tanto? (Envía un beso hacia donde está Manuel y dice con resolución:) ¡Adiós, adiós! (Vase corriendo por la puerta del fondo.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La escena en París, tres años después del acto segundo. Casa de Mattossi. Por la noche. Salón elegante bien iluminado. Dos mesas de juego. Una de ellas, cuadrada y grande, tiene en el tapete estampadas unas cuadrículas con números. Sobre la mesa hay una redoma de cristal llena de bolas de marfil, unas blancas y otras rojas, numeradas. Sillas en torno á las mesas. Al fondo, una galería practicable, también iluminada. Puertas laterales. Un gran espejo sobre una consola baja.

ESCENA PRIMERA

ROSA y RODRIGO

ROSA. Hemos llegado demasiado temprano.

ROD. Somos muy puntuales. En cuanto gane lo que quiero, no volvemos más. Temo que un día ú otro me conozcan. Por cierto, que á tí te miran mucho las señoras de Mattossi. ¡De un modo!...

ROSA. Deben recordar mis facciones, pero antes mi cabello era negro y ahora es rubio. Aunque me conozcan, ¿qué importa? Si no es por mi mala intención, no se casa Angelina con Mattossi. Era prometida de Manuel

Mendoza... de un pintor. Descubrí sus amores. Vengué á una amiga.

ROD. ¿Mendoza? Pintor español famoso. Primer premio en el salón de pinturas de este año.

ROSA. ¿Es decir, que ha obtenido el primer premio?

ROD. Eso es. Por un magnífico cuadro: *La conversión de la Magdalena.*

ROSA. Alusivo es el asunto. También la Calandria se arrepintió, huyó después de la casa de Mendoza y no se ha vuelto á saber de ella.

ROD. Habrá cambiado de nombre.

ROSA. O habrá muerto. Me inclino á creer en su muerte, porque era muy romántica.

ROD. Afortunado es el pintor. En ciento veinticinco mil francos le ha comprado el cuadro el banquero Mattossi, por encargo de no se sabe quién.

ROSA. ¿Por encargo? ¡Ah, Matilde! ¡Ah, Calandria!

ROD. ¿Supones que sea ella la compradora del lienzo? ¿No crees que ha muerto?

ROSA. Matilde hizo testamento en una grave enfermedad. Pocos días después, aún convaleciente, llamó á su banquero Mattossi. Ese día estuve yo en casa de Mendoza y ese día huyó Matilde, de quien no se ha vuelto á saber más.

ROD. ¿Y qué deduces de eso?

ROSA. Que la pobrecita se suicidó. En Madrid se habló mucho. Mendoza cayó enfermo de las resultas: ¡la quería tanto! Dió pruebas de ello, y se deshizo la boda proyectada entre el pintor y la que es hoy señora de Mattossi. ¡Yo tuve la culpa de todo!

ROD. ¿Te vas á afligir ahora?

ROSA. Hace más de tres años y no la puedo olvidar.

ROD. *Requiescat in pace*... y á otra cosa. En París nadie se ocupa de los demás ni cinco minutos, y menos de los muertos. Esta casa parece esta noche una casa encantada.

ROSA. Matilde se condenó á la miseria.

ROD. ¿Á la miseria? Pues... ¿no se murió?

ROSA. Según se dijo. Es increíble; pero se dijo. Se despojó voluntariamente de dos millones que poseía, y Mattossi fué el encargado de cumplir sus voluntades.

ROD. Esa Calandria estaba loca.

ROSA. Fundó escuelas para niños pobres; dotó á algunos hospitales; creó un asilo para ancianas desvalidas, y dejó una manda para comprar el mejor cuadro que se presentase en el salón de pinturas. Por supuesto, el mejor cuadro á juicio de Mattossi.

ROD. Pues el jurado del certamen y Mattossi, por esta vez, han sido de la misma opinión.

ROSA. Total, dos millones; y ella huyó sin un real y sin más que lo puesto. La compra del cuadro con destino á un convento de Arrepentidas, corrobora todo lo que entonces se dijo.

ROD. Voy creyendo que la Calandria ha muerto. Y lo creo porque Matossi es un hombre muy íntegro, y porque no se dispone del dinero de nadie ni se cumplimentan últimas voluntades sin la seguridad de la muerte del testador. ¿De dónde sacó esa mujer tanto dinero?

ROSA. Arruinando á sus amantes.

ROD. Dió el dinero á los pobres. Eso prueba su arrepentimiento. El caso es raro, pero es posible. No harás tú nunca otro tanto.

ROSA. ¡Si ya no tengo ni una peseta! Gracias á tí, Rodrigo ¡gracias á tí! Me has arruinado.

ROD. ¡Calla!... nos pueden oir. Voy á ver si esta noche doy aquí un buen golpe. Aquí se puede jugar: todos son unos inocentes.

ROSA. Aquí ganas, entre caballeros; pero luégo otros *tahures*, que saben más que tú, te dejan sin blanca. Juega sólo en casas particulares.

ROD. No mientes la soga en casa del ahorcado. No me llames por mi nombre. ¡Rodrigo! Aquel *gatera* ya no existe. ¡La Cantaora! Aquella *flamenca* feneció. No lo olvides.

ROSA. ¡Caballero Pastrani!

ROD. Eso, eso: su excelencia el caballero Pastrani y su esposa la *signora* Conradini, tiple á quien un matrimonio por amor ha hecho felíz, y que no volverá á cantar en los teatros.

ROSA. (Dándolo un pellizco.) ¡Indino!

ROD. ¡Chist! ¡cuidado! Pueden vernos. Es preciso estar en carácter. ¡Qué bien se vive en París! Estas Babilonias modernas, estas grandes capitales, son una viña. Aquí á nadie se le pregunta quién es y de dónde viene. En dando un nombre que suene bien, aunque sea postizo; en vistiendo con elegancia, y mostrando una exquisita educación y gastando la plata con rumbo, no piden más. Signora de Pastrani: Madrid es una aldea; París es el centro de la civilización. Pero... ¿qué sucede en esta casa?

ROSA. Algo sucede cuando Angelina y su mamá no parecen para recibir. ¡Pues ya es hora!

ROD ¿Que si es hora? ¡Ya lo creo!

ROSA. Atención, caballero Pastrani. Ya llega gente. (Entran por la galería, formando parejas, del brazo, el Caballero 1.° y la Señora 1.ª, y el Caballero 2.° y la Señora 2.ª Otras varias Señoras con sus Caballeros cruzan por la galería y desaparecen, y algunos Caballeros sin Señora)

ESCENA II

ROSA, RODRIGO, CABALLEROS 1.° y 2.° y SEÑORAS 1.ª y 2.ª

El Caballero 1.° y la Señora 1.ª se colocan en segundo término en el costado de la derecha, y el Caballero 2.° y la Señora 2.ª en el costado de la izquierda, también en segundo término. Unos y otros saludan con ceremonia á Rodrigo y á Rosa, quienes devuelven el saludo con extremada cortesía. Mientras unos declaman, los otros hacen como que hablan también; pero de modo que se comprenda que es murmurando de los demás, sonriendo todos de afable manera cuando se miran, como si se sintiesen muy complacidos con la compañía. Todos en apartes, por grupos.

SEÑ. 1.ª (A su Caballero.) (¿Dónde estará Angelina?)

CAB. 1.° (A su Señora.) (No suele hacer esperar.) (Estos dos se sientan y siguen haciendo como que hablan.)

SEÑ. 2.ª (A su Caballero.) (Los Pastrani. ¡Já... já... já...)

CAB. 2.° (A su Señora.) (La Conradini es hermosa.)

SEÑ. 2.ª (A su Caballero.) (¡No tanto! Se pinta mucho.) (La Señora 2.ª se sienta, el Caballero sigue en pié, y hablan.)

ROD. (A Rosa.) (¡Cómo nos miran! ¡Maldito cuello!) (Se arregla el cuello de la camisa, en que se siente oprimido.)

ROSA. (¡Qué monas!... ¡Si se las come la envidia!) (Se acerca al espejo y se mira en él, arreglándose un lazo.)

SEÑ. 1.ª (A su Caballero.) (Ya están puestos los tapetes.)

CAB. 1.° (A su Señora.) (Pastrani se llevará el dinero)

SEÑ. 1.ª (Aludiendo á Rosa.) (¡Qué presumida!)

ROD. (En una de éstas me conocen. ¡Ah, maldito frac! ¡Qué ganas tengo de verme dentro de un marsellés!)

SEÑ. 2.ª (A su Caballero.) (Angelina se va á arruinar. Bien aprovecha las ausencias de Mattossi.

CAB. 2.° (A su Señora.) (¡Cómo Mattossi se entere!...)

SEÑ. 2.ª (A su Caballero.) (Le ha dado por jugar y pierde el dinero que da lástima.) (Entran en escena doña Escolástica

y Angelina por la puerta de la derecha. Angelina muy elegante y muy á la moda. En seguida acuden Rosa y las dos Señoras y cambian saludos, besos y frases, con las recién llegadas. Los Caballeros y Rodrigo las dan la mano y se esfuerzan en repetir las cortesías.)

ESCENA III

DICHOS, ANGELINA y DOÑA ESCOLÁSTICA

ROSA Y LAS DOS SEÑORAS. ¡Angelina!

ROSA. (A doña Escolástica.) ¿Ocurre novedad?

ROD. Y LOS CABALLEROS. (Saludando.) Señoras...

ROD. (A Angelina.) Siempre tan elegante y tan...

ESC. Hemos tardado. ¡Qué dirán nuestros amigos?

SEÑ. 1.ª El salón del baile está muy concurrido.

ANG. Explicaré mi tardanza, y todos sabrán ustedes dispensarnos. Ahora iremos al salón.

CAB. 1.º ¿Cuándo vuelve Mattossi?

ANG. Mañana. Debía llegar hoy, pero me escribió que quizás se detendría un día más en Madrid.

SEÑ. 1.ª (A la Señora 2.ª) (Un dia es un día.)

ROD. (Esta noche me llevo hasta el tapete.)

ROSA. Estábamos con cuidado.

ESC. (¿Dónde he visto yo á la Conradini? No era en París.

ANG. (Como prosiguiendo la conversación que empezó en voz baja con las Señoras.) Pues sí: ayer despedí á mi camarera. Se había vuelto insufrible. Me recomendaron otra, que ha entrado hoy á mi servicio. Es excelente criatura, según parece: hacendosa, humilde y muy bonita. Está algo enferma, es de aspecto grave y triste; pero creo que he hecho una adquisición con la señorita Nannette. Entiende mucho de modisturas. Estoy tan contenta con ella, que ya le he regalado una sortija de brillantes.

ESC. No la quería recibir, y menos ponérsela; pero yo le he obligado á ello. Es muy modesta.

ROSA. ¿Es francesa?

ANG. Sí; y de cerca de París. Nacida en Saint-Cloud. Como la doncella es la encargada de todos los detalles de mi tocador, y ni mamá ni yo nos hemos acordado de que hoy había camarera nueva, á última hora han sido los apuros y las prisas. Nannette nada tenía arreglado. Ya se irá haciendo á mis gustos y sabrá en qué días recibo. (Mientras Angelina dice todo lo que antecede, doña Escolastica habla con uno de los Caballeros, y Rodrigo con el otro. Aparecen por la galería Diego y don Práxedes, del brazo y hablando.)

ROSA. (A Angelina.) En el salón deben impacientarse.

ANG. Y con razón. Vamos, amigas mías.

SEÑ. 1.ª (A la Señora 2.ª) (Moros en la costa.) (Se refiere á los que llegan por la galería.)

SEÑ. 2.ª (A la Señora 1.ª) (¿Será verdad lo que dicen?)

ANG. (¡Ah!) (Con disgusto muy marcado al ver á don Práxedes.)

ESCENA IV

DICHOS, DIEGO y DON PRAXEDES

DIEGO. Señora... señoras... (Don Práxedes saluda á todos con el ademán.)

ANG. (A don Diego.) ¿Y mi primo Mendoza?

PRAX. (La pregunta por él.) (Habla aparte con doña Escolástica.)

DIEGO. (A Angelina.) Está en el salón. (¿La Cantaora aquí?) (El aparte al reparar en Rosa. Ella no se corta y saluda á Diego.)

ROSA. (¿Aquí éste? ¿aquí Mendoza? Serenidad.) (Angelina repara en que Rosa y Diego se miran mucho.)

ANG. (A Diego.) La signora Conradini de Pastrani.

DIEGO. ¡Ah! La signora... Conradini...

ANG. Esposa del caballero Pastrani.

ROD. (A Diego.) Servidor de usted (Rosa y Rodrigo hablan aparte. Los dos Caballeros y las dos Señoras sin nombre forman grupo y también hablan aparte. Lo mismo hacen el barón y doña Escolástica.)

ANG. (A Diego.) (¿No los conoce usted?)

DIEGO. (A Angelina.) Sí... creo recordar. (Bueno es ser discreto.)

ANG. ¿Por qué no ha venido Manuel con usted?

DIEGO. Esperábamos á ustedes en el salon de la fiesta.

ANG. Á Manuel le debo recibir aquí: es primo mio. ¿Iba á ser oficial la presentación? ¿De etiqueta? ¿Me guarda rencor todavía? Eso debe ser.

DIEGO. ¿Rencor él? No. La urbanidad exigía...

SEÑ. 1.ª (A Angelina.) ¿No vamos al salón?

ANG. En seguida. Vamos, amigas mías. El brazo, Cisneros. (Á doña Escolástica.) Mamá: el barón será tu caballero.

PRAX. (Á Angelina.) Suplico á usted, señora, que me escuche. (Á Diego.) Hazme el favor de acompañar á la mamá de Angelina. (A los demás.) En seguida iremos al salón. (A Angelina.) Es para un asunto de Mattossi. (Angelina no puede dominar su disgusto. Diego ofrece el brazo á doña Escolástica.)

ANG. Haz tú las honores, mamá. (Á las Señoras.) Dispensen ustedes. (Á Diego.) Vuelva usted pronto; pero con Mendoza.

ESC. (A Diego.) Vamos. (A los demás.) Pasen ustedes. (Vanse por la galería los dos Caballeros y las dos Señoras, cada una del brazo de cada uno; detrás, y también del brazo, Rosa y Rodrigo; y por fin Diego y doña Escolástica. Antes de irse las Señoras 1.ª y 2.ª cambian algunas palabras aparte.)

SEÑ. 1.ª (Á la 2.ª) (Cierto es. El barón manda.)

SEÑ. 2.ª (Á la 1.ª) (Y ella obedece.)

ESC. (Refiriéndose á Rosa.) (La conocí, pero ¿en dónde?) (Entre tanto Angelina y el barón se miran con fijeza, ella serena y con desdén; él con altivéz, como amo. Desaparecen las cuatro parejas.)

ESCENA V

ANGELINA y DON PRÁXEDES

ANG. Ya estamos solos, caballero. ¿Qué desea usted?

PRAX. ¡Caballero! ¡Qué frase tan solemne! Me llamo Práxedes. (El barón se sienta. Angelina permanece de pié.)

ANG. ¿Se sienta usted? Vamos, barón, ¿qué tiene usted que decirme? Hago falta en la fiesta.

PRAX. ¿No esperas á Diego y á Mendoza?

ANG. ¡Ah! Sí; pero no han de tardar.

PRAX. ¿Y por qué viene aquí Manuel Mendoza?

ANG. Es mi primo, y es muy dueño de sus acciones.

PRAX. ¡Había de suceder! Debí suponerlo.

ANG. Era lo natural. En París, en tierra extraña, después de tres años de no vernos, ¿no había de venir á saludarnos? Lo contrario sería descortesía. ¡Demasiado ha tardado!

PRAX. Os vísteis en el bosque de Bolonia... en el teatro... en el salón de pinturas... y ni siquiera te saludó. ¿Á qué obedece el cambio? Quiero saberlo.

ANG. Está usted hablando con la señora de Mattossi.

PRAX. Lo sé, señora; por eso deseo saber lo que pregunto. ¿Por qué ha obligado usted á Cisneros á que traiga á su primo de usted?

ANG. ¿Yo?... Pues bien; sí, señor barón; porque así me ha parecido conveniente. (El barón se levanta de su asiento con ira.)

PRAX. Porque le amas.

ANG. ¡Barón!

PRAX. Y soy capáz de matarle. ¿Le amas?

ANG. Siempre, ¡siempre le he amado!

PRAX. ¡Angelina!

ANG. Basta de tiranias. Sólamente Mattossi tiene derechos sobre mí. Estoy en mi casa, señor barón.

PRAX. Deseo que Mendoza no vuelva más.

ANG. ¿Lo desea usted?

PRAX. Lo exijo... lo mando. ¡Puedo mandarlo!

ANG. Dura es la frase .. y no la admito. Nada de extremos, barón. Odié al tutor intruso y le sufrí porque era nuestro dueño; y me casé con Mattossi para no sufrirlo, para pagarle las deudas de mi padre.

PRAX. Y yo rompí los pagarés y nada admití, porque de nada me servían ya. Tu amor, sólo tu amor ambicionaba: ser dueño absoluto de tu voluntad.

ANG. ¡Mónstruo! ¡tirano sin ejemplo! ¡Y yo creí en ese amor, y me halagó ver rendido á mi tirano y le perdoné! Después del perdón, la amistad... la amistad faláz, más halagadora cuanto más mentida; y, traidora, me hizo rodar al abismo, al abismo encubierto por flores sin perfume; al abismo tenebroso, antes alumbrado por falsos resplandores; y esa faláz amistad hizo de la inocente una víctima, una esclava. ¡Basta, basta ya! No quiero humillarme más.

PRAX. ¿Quién lo pretende? Eso es exagerar, Angelina.

ANG. No quiero derramar más lágrimas.

PRAX. ¿Lloras?... ¿Y si acechan? ¿Por qué llorar?

ANG. De vergüenza... ¡de horror! (Breve pausa. En tanto que Angelina llora, una orquesta, dentro, da la señal para un rigodón. Se oye el bullicio y animación que precede á todo baile. Algunas risas y voces de expansión y alegría, dentro. Angelina se seca las lágrimas, en actitud resuelta y dice:) No más, no más.

PRAX. Es tarde; no es posible.

ANG. ¡Es tarde! Demasiado tarde, por desgracia; pero recobro mi libertad.

PRAX. Ni eso. ¿Voy yo á perder mi dicha después de obtenida?

ANG. ¿Qué dicha es esa?

PRAX. El afán de toda mi vida: la de ser tu dueño. Todo está previsto, todo alcanzado.

ANG. (En el paroxismo de la ira.) (¿Y no habrá quien mate á este hombre?)

PRAX. Mattossi está arruinado, sin saberlo. Ha invertido todo su capital en acciones del crédito egipcio, y allí hay guerra, y el papel de ese empréstito ha bajado, y baja... ¡y sigue bajando!... y el dinero así invertido no sirve para pagar á la vista; y el papel depreciado, si se vende, no cubre las obligaciones del capital que representa, si se exige en plazo fatal. El banquero que no paga sus deudas, las de su casa y de su esposa, pierde el crédito, y el descrédito es la bancarrota... el deshonor... la vergüenza... la miseria... ¡la muerte! El crédito de Mattossi, hoy, en este momento, depende de mi voluntad, del dinero que le he confiado: ¡todo mi dinero!

ANG. ¡Ah! (¡Todo su dinero! Arruinar á Mattossi, es arruinarse él. No lo hará.)

PRAX. ¿Qué dirá Mattossi?... ¿Qué dirá si sabe que su esposa Angelina me debe ciento veinticinco mil francos perdidos al juego? Aquí están los pagarés. (Muestra una cartera y la vuelve á guardar.) Estas son deudas de la hija, no del padre. Deudas de la esposa... de la amante.

ANG. ¡Infame, infame! Y es él quien me ha inducido á jugar.

PRAX. ¿Qué hará Mattossi, si antes le exijo mis fondos y después le reclamo esta deuda, cuando ya esté arruinado? Estos papeles escudan mi pasión.

ANG. ¿Y eso es amor? ¿Eso es amarme desde mi niñéz? El abismo, siempre el abismo bajo mis piés. Y... ¿qué le dirás cuando exija saber mi esposo con qué derecho me mortificas y te conviertes en mi amador, en mi verdugo? (El barón saca un paquetito y lo muestra.)

PRAX. Aquí está mi derecho por tí otorgado. Rizos tuyos... cartas tuyas... y todo bajo tu firma. (Angelina baja la cabeza, como abismada.) ¿Que mi amor es monstruoso? Lo sé. Es el lazo que á todos nos une. ¿Quieres romper el lazo? Rómpele y todos perecemos. ¡Tan grande es mi amor!

ANG. ¡Y pudo casarse conmigo... y no lo hizo!

PRAX. No me hubieras aceptado.

ANG. ¡Oh, no, no!

PRAX. Ahora, tal vez sí. No te guardo rencor por eso.

ANG. (Angel caído, espera. El escándalo mata la honra... y la honra vale la vida.)

PRAX. Pero... ¿tú has creído en mis amenazas? Afuera el pavor. ¿Cómo habia yo de hacer todo eso?

ANG. (Está mintiendo; mentiré también.)

PRAX. Eres muy altiva y me gusta asustarte. Vuelve en tí. En prueba de mi sinceridad, toma. (Mattossi no haría caso de estas fruslerías.) (Le da el paquete, que ella no toma.)

ANG. (Indignada.) ¡Oh! (De repente suelta una carcajada, que deja estupefacto al barón.) Já, já, já. ¿Qué es eso? ¡Ya lo veo! mis prendas de amor. Eso vale más, ¡mucho más! que los ciento veinticinco mil francos, y no deben volver á mí de este modo. ¡Sería despreciarme! Cuando yo las reclame, bien; pero ¡si no las reclamo ahora! (¡Las reclamaré!) Já, já, já. Guarde usted esos papeles: yo se los confío. Guárdelos usted pronto, ¡pronto! que puede llegar gente. ¡Y lo había tomado por lo serio! ¡El bueno de Práxedes! ¡Mi buen amigo! Já, já, já.

PRAX. (Bueno es que me tema, ya que no me ama.) (Llegan Diego y Manuel por la galería.)

ANG. (Á tiempo. Manuel reclamará mis rizos.) (Se adelanta á recibir á Manuel.)

ESCENA VI

ANGELINA, DON PRÁXEDES, DIEGO y MANUEL

Dentro, muy piano, se oye el rigodón antes anunciado.

DIEGO. Aquí está el pintor laureado. (Manuel y don Práxedes se saludan con frialdad.)

ANG. (Á Manuel.) Te felicito por tu triunfo y te regaño por no haber querido visitarnos.

MANUEL. Perdona, prima mía. Estoy delicado de salud... y además... (Aún me da miedo su hermosura.)

ANG. Nada... no valen las excusas. ¿Has saludado á mi mamá?... ¿sí? Pues dame el brazo y al salón. Aquí te he querido recibir, primo mío, en prueba de que no soy tan rencorosa como tú. Mañana llega mi esposo... tú le conoces. Desde mañana vendrás á vernos todos los días. Y ahora, al baile. Tú serás mi caballero en el rigodón. Adiós, señores.

MANUEL. Pero... si yo no bailo.

ANG. Eso no importa. (Aparte.) (Tenemos mucho que hablar.) (Vanse del brazo por la galería.)

ESCENA VII

DIEGO y DON PRÁXEDES

DIEGO. Angelina siempre tan alegre, tan felíz.

PRAX. En este momento, sobre todo. ¡Pobre Mattossi, si el pintor hace revivir sus amores!

DIEGO. ¡Ah, barón! La edad no corrige tu maledicencia. (Se sientan.)

PRAX. No, no quiero decir que Angelina sea capáz...

DIEGO. Y Manuel tampoco: respondo de ello. Se halla Mendoza enfermo del corazón. No puede olvidar á Matilde.

PRAX. Ya conoces el refrán. Á rey muerto...

DIEGO. Podría ser, pero no lo creo, y menos que sea Angelina la que cicatrice la herida abierta.

PRAX. Mendoza es algo quijotesco.

DIEGO. Según en qué sentido. Es una rara mezcla del antiguo paladín y del despreocupado moderno.

PRAX. Mala mezcla es. ¿Y á qué has venido á París?

DIEGO. Acompañando á Manuel. Se halla muy enfermo y no le quiero abandonar.

PRAX. ¿Y su enfermedad?...

DIEGO. Ya lo sabes: huyó Matilde de su casa aquel día en el que mi amigo terminaba el retrato de su prima, y perdió Manuel el juicio: tan grande fué su dolor. Después de un año volvió á la razón; y vivió de los recuerdos, y sobre todo vivió dedicado á concluir el cuadro de la Magdalena, que Mattossi le ha comprado para regalar á un convento.

PRAX. Ese es el motivo de la ausencia de Mattossi. Parece ser que Matilde hizo ese encargo. ¿Lo sabe el pintor?

DIEGO. No, no lo sabe, ni debe saberlo, según la voluntad de aquella adorable mujer.

PRAX. ¿Adorable la llamas?

DIEGO. Sí: adorable es el ídolo de barro que por no manchar á su adorador, rompe el pedestal y se deja caer en pedazos para purificar su arcilla y convertir en oro fino la grosera tierra de que se formó; adorable es la mujer que huye del amante, y salida de la orgía, á la orgía no vuelve; adorable merece ser la mujer de mundo que trueca las galas por el hábito de la *Caridad*; la mujer que ama y es amada, y va á morir de amor á los desiertos, en la guerra, socorriendo á los moribundos en las primeras filas del combate; la mujer rica, que cede en vida á los pobres su riqueza. Si una mujer así no es adorable, merece serlo; si antes fué un sér despreciable, el martirio la deja purificada; y si Dios puede abrirle los cielos ¿por qué no ha de redimirla la sociedad?

PRAX. Si Mendoza piensa como tú, comprendo su dolor; pero ya murió y no puede redimirla.

DIEGO. Mendoza, á ratos, piensa como tú... y á ratos, como yo.

PRAX. Pues si ella murió, ¿qué espera ya? Debe consolarse, y presumo que Angelina le consolará.

DIEGO. ¡Barón! Manuel esperaba hablar á Matilde; ignoraba —y aún ignora,—sus decisiones; esperaba, y la esperanza engaña, pero alivia. Sólo Mattossi tenía noticia cierta de esta heróica víctima. Al fin, el azar, sólo el

azar, hizo que Manuel se enterase del naufragio del vapor que conducía á Matilde y de su muerte; y entonces volvió mi amigo á enloquecer, y no ha muerto gracias á su madre y á mí. Esa herida aún destila sangre.

PRAX. Angelina es un médico á propósito.

DIEGO. (¡Qué insistencia! ¿Será verdad lo que dicen?

PRAX. Y un hombre que enloquece con tanta facilidad, es muy peligroso para una mujer como Angelina.

DIEGO. (Veamos.) Si dices eso por disimular, haces mal.

PRAX. No te comprendo.

DIEGO. Dicen que eres muy afortunado; yo no lo creo.

PRAX. Estás enigmático. Habla con franqueza.

DIEGO. Pues bien: me haces el efecto de un conquistador que no cree asegurada su conquista.

PRAX. (Poniéndose en pié.) ¡Cisneros!

DIEGO. (Dicen la verdad.) Mira, barón: aquí hace mucho calor: vamos al jardín y seguiremos hablando. (Cisneros se alza también de su asiento. Cesa la música del baile. Bajan por la galería Angelina y Manuel, cogidos del brazo.)

PRAX. Vamos al jardín.

ESCENA VIII

DIEGO, DON PRAXEDES, ANGELINA y MANUEL

El barón, al ver á Angelina y á Manuel, no puede reprimir sus celos, ni Angelina su disgusto al ver al barón.

PRAX. (Á Diego.) (Convéncete.)

ANG. (Todavía está aquí.) ¿Iban ustedes al jardín?

PRAX. Sí; íbamos á buscar una rosa para tí.

ANG. ¿Para una rosa dos caballeros?

DIEGO. Traeremos dos rosas.

ANG. Pues ya las deseo. Aquí esperamos. (Diego pasa al lado de Manuel, Angelina queda al lado de don Práxedes.)

PRAX. (¡Oh!)

DIEGO. (A Manuel.) (Cuidado con Angelina.)

MANUEL. (A Diego, no comprendiendo.) (¿Eh?)

PRAX. (A Angelina.) (No olvides mis amenazas.)

DIEGO. (A Manuel.) (El barón está celoso de tí. (Manuel se da un golpe en la frente, como quien comprende.)

MANUEL. (¡Ah!)

ANG. (Al barón, con mucha intención.) ¡Cómo me hacen ustedes desear esas flores!

DIEGO. Vamos pues.

PRAX. (A Angelina, con ironía.) Volveremos pronto. (Vanse Diego y don Práxedes por la puerta de la derecha.)

ESCENA IX

ANGELINA y MANUEL

ANG. ¡Gracias á Dios que se fueron!

MANUEL. ¿Insistes en no decirme el nombre de ese odioso sér que te tiraniza?

ANG. No debo decirte nada más; y si te he contado mis desventuras, Manuel, ha sido para que veas que también soy desgraciada, que también yo tengo el alma enferma. Si algún rencor me guardas, deponlo, primo mío. ¡Ya te han vengado! Tenme lástima y seamos amigos.

MANUEL. Deploro tu confidencia.

ANG. A Mattossi no le puedo confiar estas penas.

MANUEL. Vería en tí la esposa culpable.

ANG. ¡Culpable! ¡Oh! Esa frase en tus labios aumenta mi rubor. ¿Y eso piensas tú? ¡Sí, sí, lo piensas y tienes razón! ¿Y le da eso derecho á un hombre para sujetarme á su voluntad, para esclavizarme, para escarnecerme? No siendo mi esposo, ¿puede alguien hacer eso?

MANUEL. El que así se conduce es un canalla.

ANG. Tan grande es mi dolor; tan necesario me es un confidente leal, que no he titubeado en decírtelo

todo. Triste, vergonzosa revelación, para hecha al único hombre que he amado; al único hombre que me hubiera hecho feliz y me hubiera defendido con su amor y su hidalguía.

MANUEL. ¡Angelina!... Pude amarte... y ya no puedo amar; pero puedo defenderte. Recobrar la libertad de tu alma, romper lazos odiosos, eso es digno: cuenta conmigo.

ANG. Tu amistad... tus consejos quería yo. Encontrar un alma amiga que comprendiese mi desgracia. Pero no vayas más allá, te lo ruego.

MANUEL. Es inaudito atrevimiento, insolencia que no puede tolerarse. ¿Cómo? ¿He de pèrmitir que te martiricen, que pretendan esclavizarte por unos cuantos billetes de Banco? ¿Es posible que así te desdeñen? ¿Qué no haré por tí? Eres mi prima y has sido mi prometida. Díme el nombre de tu tirano.

ANG. No puedo, no debo decir su nombre. Te he oído y ya me siento con fuerza para rechazar sus tiranías.

MANUEL. Y á él también.

ANG. También... suceda lo que suceda.

MANUEL. ¿Por qué no decirme quién es? ¿por qué exponerte á nuevos ultrajes? Pero... ¡si yo le conozco! ¡Si yo le adivino! Ese hombre tiene la culpa de la desgracia de Matilde y de la tuya.

ANG. (¡No la olvida!)

MANUEL. Ese hombre es don Práxedes.

ANG. ¡Manuel!

MANUEL. Rompe con el pasado. Yo te libertaré. (Al hablar del pasado, Manuel señala las mesas de juego.)

ANG. (¡Y no me casé con él! Hubiese sido felíz.)

MANUEL. Llega gente.

ANG. Mis convidados... que vienen al juego.

MANUEL. Juega por última vez, si quieres que te salve. (Llegan por la galería Rodrigo, Rosa, los Caballeros 1.° y 2.°, las Señoras 1.ª y 2.ª, otras Señoras y Caballeros y doña Escolástica, asida al brazo de Rodrigo.)

ESCENA X

ANGELINA, MANUEL, RODRIGO, ROSA, DOÑA ESCOLÁSTICA, CABALLEROS 1.° y 2.°, SEÑORAS 1.ª y 2.ª, SEÑORAS y CABALLEROS

Varios criados colocan candelabros con luces en las mesas de juego. Los recién llegados ocupan las mesas. En la menor se sientan cuatro Caballeros quo juegan con barajas. En la mayor se sientan Rodrigo y los demás. Rodrigo hace el juego sacando las bolas del frasco, es decir, que es el banquero; alrededor de la mesa todos los otros jugadores y jugadoras. Angelina, cuando se siente, ocupará el puesto enfrente de Rodrigo. Al lado de Angelina, doña Escolastica, y Manuel apoyado en el respaldo de la silla de Angelina. Los jugadores apuntan con las monedas en los colores, rayas y cuadrículas dibujadas en el tapete.

ESC. Ya estamos aquí. Entre baile y baile...

ANG. Sienténse ustedes, señores.

ROSA. (Á Rodrigo.) (No olvides que es la última noche.) (Rodrigo recuenta las bolas del frasco.)

SEÑ. 1.ª (Á la 2.ª) (Es agradable el primo de Angelina.)

SEÑ. 2.ª (Á la 1.ª) (Fueron novios.)

ESC. (Á Manuel.) Y tú, ¿vas á jugar?

MANUEL. Yo... miraré.

ESC. Lo mismo hago yo. (Doña Escolástica se sienta. Ya lo están todos menos Angelina y Manuel, que siguen hablando para ellos.)

MANUEL. No le gustaría á Mattossi este espectáculo.

ANG. ¿No juega él á la bolsa?

MANUEL. Por necesidad. (Siguen hablando.)

ROD. (Sonando las bolas dentro del frasco.) Á la una.

ROSA. Cinco francos al color rojo.

CAB. 1.° Un billete de á ciento al cero blanco.

SEÑ. 2.ª Diez francos al pleno, número treinta y cinco.

ROD. Á las dos. ¿No hay más *posturas*? (Los jugadores siguen apnntando y Rodrigo revolviendo las bolas del frasco.)

ESCENA XI

DICHOS, DIEGO y DON PRÁXEDES

ANG. (Á Manuel.) Esta noche ya... jugaré por cortesía.

ROD. Á las tres. Juego hecho. (Gran espectación en los jugadores de la mesa grande.)

DIEGO. (Á Angelina.) Aquí están las rosas: tome usted la mía.

ANG. Blanca.

PRAX. Y la mía, roja. (Angelina toma las rosas; se prende la blanca al pecho y se queda con la roja en la mano.)

ANG. Muchas gracias, muchas gracias.

ROD. (Sacando una bola del frasco.) El cero negro. (Va recogiendo todas las puestas y vuelve á empezar el juego.)

ROSA. (Copó á la primera.)

ANG. Acompáñame, Manuel. Seré con ustedes en seguida. (Esto último lo dice á Diego y á don Práxedes, que quedan en pié, hablando. Angelina se sienta á jugar y detrás de ella, de pié, queda Manuel.)

DIEGO. (Á don Práxedes.) Y ¿Mattossi permite estas reuniones?

PRAX. Angelina es apasionada por el juego: es su vicio. (Siguen hablando. El barón no pierde de vista á Manuel y á Angelina. Los jugadores marcan sus puestas.)

ROD. Á la una.

ANG. (Á Manuel.) ¿Cuál color te gusta más, el blanco ó el rojo?

MANUEL. El rojo.

ANG. Pues guárdame esta rosa: el rojo es mi color favorito. (Da á Manuel la rosa que tiene en la mano, y él la coloca en el ojal del frac. Repáralo el barón y con nervioso movimiento rasga uno de sus guantes.)

ROD. Á las dos. (Los jugadores siguen marcando sus puestas.)

DIEGO. (Á don Práxedes.) ¿Qué es eso? ¿qué tienes?

PRAX. Nada: un guante que se ha roto. (Siguen hablando.)

SEÑ. 1.ª (Á la 2.ª) (Los primos... repare usted.)

SEÑ. 2.ª (Á la 1.ª) (¡Pobre barón!)

ROD. (Sacudiendo las bolas en el frasco.) A las tres.

ANG. Mil francos al color rojo.

DIEGO. (Á don Práxedes.) ¿Oyes? Al color de tu rosa.

ROD. Juego hecho. (Saca del frasco una bola roja.)

PRAX. (Á Diego.) La rosa roja es ya de Manuel. Y ahora, ¿me llamas maldiciente?

ROD. El número quince. Color rojo.

PRAX. ¡Ha ganado!

DIEGO. (Hay que vigilarlos.)

ROSA. (Batiendo las palmas.) ¡Bien por Angelina!

MANUEL. (¡La Cantaora!) (Rodrigo paga á Angelina. Manuel, impresionado al reconocer á Rosa, se separa de Angelina y va en busca de Diego. El barón ocupa el lugar de Manuel detrás de Angelina. Sigue el juego y se repiten las puestas. Murmullos y animación.)

ROD. A la una.

MANUEL. (Á Diego.) (¡Diego... Diego! ¡La Cantaora! ¿Recuerdas aquella noche fatal? Primero esa mujer... después el barón... luégo una orgía... una orgía como esta... y Matilde llorando á mis piés!)

DIEGO. (Á Manuel.) (Cálmate, que nos miran.)

MANUEL. (Á Diego.) ¡Y entonces como ahora, una mujer martirizada! Detesto á esos dos seres. (Siguen hablando. Diego pugna por alejar a Manuel.)

ROD. A las dos.

ANG. Dos mil francos al color rojo.

SEÑ. 1.ª (A la 2.ª) (Ya priva el rojo,)

SEÑ. 2.ª (A la 1.ª) (Es decir, el primo.)

ROD. A las tres. ¿Hay más puestas? (Manuel deja á Diego y se coloca detrás del barón.)

DIEGO. (De aquí no puede salir nada bueno.)

ROD. Juego hecho. El número dos. Color blanco.

ANG. He perdido.

PRAX. (A Angelina, al oído; Manuel escucha con atención.) (Has perdido. Recuerda que me debes ciento veinticinco mil francos. Cambia de color.)

ANG. (¡Oh!) (Sigue el juego. Manuel toca al barón en el hombro.)

MANUEL. (A don Práxedes.) (Está usted equivocado, caballero.)

PRAX. (A Manuel.) (¡Es á mí?) (Angelina oye á don Práxedes y á Manuel. Estos se separan á un lado. Diego se coloca detrás de Angelina.)

MANUEL. (A don Práxedes.) (Hablemos un poco.)

ROD. A la una.

ANG. (Con exaltación.) Al color rojo, tres mil francos. (Grandes murmullos entre los jugadores. Angelina no quita la vista del grupo que forman Manuel y el barón.)

DIEGO. (A Angelina.) (No juegue usted más.) (Sigue el juego. Angelina y Diego hablan.)

PRAX. (A Manuel.) (Me ha dicho usted que miento.)

MANUEL. (A don Práxedes.) (Es que voy á pagar á usted.)

PRAX. (A Manuel.) (¡Ah! ¿Es usted apoderado?...)

MANUEL. (A don Práxedes.) (De mi prima; traigo el dinero.)

PRAX. (A Manuel.) (¡Ya! El precio del cuadro de la Magdalena.)

MANUEL. (A don Práxedes, en son de amenaza.) (Vamos á saldar la cuenta.)

PRAX. (A Manuel.) (¿Es urgente? Pues vamos.) (Cogidos del brazo, sonrientes por no llamar la atención, vanse por la puerta de la derecha. Angelina se pone de pié, angustiada, interrogando á Diego. Doña Escolástica la sigue. El juego continúa.)

ESCENA XII

DICHOS, menos MANUEL y DON PRÁXEDES. La orquesta, dentro, anuncia un wals.

ANG. (A Diego.) (¿Dónde van Manuel y el barón? Sígalos usted, Cisneros, sígalos usted, por Dios. ¡Temo una desgracia!)

DIEGO. (A Angelina.) (¿Una desgracia? No creo... pero si usted dispone...)

ANG. (A Diego.) (Sí, sí; corra usted, amigo mío.)

DIEGO. (Aún llegaré á tiempo.) (Vase Diego en seguimiento de Manuel y el barón.)

ANG. (¡La ira me ha cegado! He sido muy ligera.)

ESCENA XIII

DICHOS, menos DIEGO

ESC. Angelina, ¿no atiendes? Va á salir la bola.

ANG. Juegue usted por mí.

ESC. Estás pálida... nerviosa. ¿Qué tienes?

ROD. (Haciendo sonar las bolas del frasco.) A las tres.

ANG. (A doña Escolástica.) Sí... me siento mal. Un mareo... pero pasará. Ordene usted que mi doncella me tráiga mi pomito de esencias.

ESC. Voy en seguida. (Doña Escolástica se apróxima á la puerta de la derecha, hace una seña y se presenta un criado, al que da una orden en voz baja. El criado se va, y Rodrigo paraliza el juego en espera de Angelina.)

ROD. Juego hecho.

ANG. (He de disimular. Volvamos á la realidad.) (Vuelve á sentarse en la mesa de juego, y también doña Escolástica. Rodrigo saca dos bolas del frasco al hacer el juego.)

ROD. Juego hecho. El número siete, color...

CAB. 1.º ¡Alto! Esta jugada no vale.

ROD. ¡Y es verdad! Han salido dos números.

CAB. 2.º Y dos colores.

ROD. Volveré á hacer el juego. (Devuelve las bolas al fresco y vuelve á removerlas.)

ESCENA XIV

DICHOS y MATILDE

(Entra Matilde por la puerta de la derecha con un pomito de cristal en la mano; lleva la vista baja y va vestida con mucha modestia y sencilléz. Absortos todos en el juego, no la ven entrar.)

MAT. (¡Baile... risas... escándalo! Debo irme de esta casa.)
ROD. Juego hecho. (Gran espectación en los jugadores.)
MAT. (A Angelina.) Señora, el frasco de esencias. (Angelina no le hace caso.)
ROD. Número diez, color blanco.
MAT. (A Angelina.) ¿Señora?...
ESC. (A Angelina.) Nannete te llama.
ANG. (Tomando el frasco.) Dame. (Rosa repara en Matilde y sin poder contenerse da un grito y se levanta, llamándola.)
ROSA. ¡Ah!... ¡Matilde! ¡Matilde!
MAT. (Consternada.) ¡Maldición sobre mí!
ROD. (A Rosa.) ¿La Calandria? (Todos se levantan de sus asientos y rodean á Matilde. Rosa, Angelina y doña Escolástica forman grupo. Matilde aislada, llena de horror. Por la puerta de la izquierda entra Mattossi en traje de viaje y con la gorra puesta, que se quita poco á poco, admirado de lo que ve y oye. Nadie repara en él, hasta que él se adelanta en busca de Matilde.)

ESCENA XV

DICHOS y MATTOSSI

ANG. (A Rosa.) ¿Ella?
ESC. (A Rosa.) ¿La Calandria?
ROSA. (A Angelina.) Sí. (A doña Escolástica.) Sí.
MATT. (¿Qué es esto? ¿qué sucede?)

ANG. (¡Ella... ¡y Manuel tan cerca!)

ESC. (A Matilde.) ¿No te vas?

ANG. (A Matilde, con iracunda altivéz.) Fuera de mi casa, aventurera miserable.

MAT. ¡Jesús!

MATT. (¡Ay del que peca!) (Se adelanta, mira á Angelina con severidad y se coloca al lado de Matilde.)

ESC. (¡Mattossi!)

ANG. (¡Mi marido!)

MATT. (A Angelina.) Sí: se irá ¡se irá! No debe estar aquí. (A los convidados.) Se va... apoyada en mi brazo. (A Matilde.) Vamos. (A todos.) Es digna de respeto. (Matilde, insensible por el estupor, deja hacer á Mattossi; y cogidos del brazo, se van ambos por la puerta de la derecha. Angelina se siente desvanecer y se apoya en doña Escolástica.)

ANG. (¡Qué insulto! ¡qué vergüenza!)

ESC. (Á Angelina.) (¡Por Dios, hija, mira que hay gente!)

ANG. (A doña Escolástica.) (Tienes razón.) (A los demás.) Vamos, señores, vamos al baile. (Suelta una carcajada.) Já, já, já. ¡Qué excentricidades tiene Mattossi! Vamos. (Se apodera del brazo de Rodrigo y con ligereza se dirige á la galería. Todos la siguen menos doña Escolástica. La orquesta, dentro, rompe tocando un wals rápido.)

ESC. ¡Qué marido tan grosero!... ¡y tan incivil! (Cae el telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

La escena en París, día siguiente al del acto tercero. Un jardín. Arboleda al fondo y á los dos lados. Á la izquierda, en primer término, la casa de Mattossi con dos puertas. La más cercana da acceso á las habitaciones de Angelina. En el centro del escenario un grupo de árboles, y al pié de los mismos un asiento rústico. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

MATTOSSI y MATILDE

MATT. Mendoza no sabe que usted vive, ni lo sabrá por ahora.

MAT. ¡Oh, no! ¡Que no lo sepa!

MATT. ¿Le ama usted todavía?

MAT. ¡Siempre! pero de lejos. Redimirme ante la sociedad es lo que yo quiero; redimirme por el dolor, por la virtud, por la abnegación. Mendoza sería un obstáculo ó se creería un instrumento de mi deseo... de mi ambición.

MATT. ¡Noble ambición, deseo digno! Entonces, ¿renovará usted sus votos?

MAT. Quiero poner á prueba mi virtud y todo voto es una barrera que protege al arrepentido. Quiero ser la navecilla desafiando las tempestades del Oceáno. Quiero vivir y morir en el combate, para ver si soy buena.

MATT. Valerosa resolución, llena de amarguras.

MAT. Mañana me voy á Madrid á vivir trabajando. Gracias, amigo mío, gracias por el recurso que usted me facilita para el viaje Devuelva usted esta sortija á su esposa.

MATT. Esa sortija... ¿á Angelina?

MAT. A la fuerza me la hicieron tomar ayer. No debo conservarla. Es de mucho valor para mi estado, y es un triste recuerdo del insulto que anoche recibí.

MATT. Angelina no conoce bien á usted.

MAT. Yo la perdono.

MATT. Mi esposa sólo se acuerda de que usted fué un obstáculo á su boda con Mendoza. Angelina está influída por el mundo... por la sociedad.

MAT. No debo conservar su donativo.

MATT. Consérvelo usted como recuerdo mío, como recurso último que facilito á usted, por si no nos volvemos á ver.

MAT. (¿Qué querrá decir?) Así... acepto.

MATT. Cumplidos quedan, por desgracia, todos los mandatos que usted dejó en su testamento. Supe que había usted regresado de Egipto y que partía usted para América. Naufragó el vapor en que usted iba, y en dos años nadie ha dado razón de usted. Los náufragos salvados certificaron que usted quedó en el buque al irse á pique. La creí á usted muerta y he cumplido sus voluntades. Todavía sería posible anular...

MAT. No, no. Ha cumplido usted como hombre de honor.

MATT. Se sentencia usted á la miseria.

MAT. La miseria me llevó al vicio: no pude soportarla, no supe vencer ó morir. Así devuelvo el dinero mal ganado, así vuelvo á la miseria, y en la miseria he de redimirme y vivir, ó sucumbir en la lucha. Esto ha de durar poco; me siento muy enferma.

Matt. Debo insistir para apartar á usted de ese camino.

Mat. En vano será. Matilde ha muerto en el naufragio. Así consta .. y es verdad. Salvada milagrosamente, olvidada, desconocida, he preferido lanzarme al mundo otra vez, á seguir en la piadosa misión que me había impuesto. Amo todavía á Manuel: puedo ser buena, pero no ser santa. Murió Matilde... y queda *Nannette*.

Matt. Matilde resucitó anoche: fué usted reconocida.

Mat. Por eso huyo. Convaleciente de una penosa enfermedad, salí del hospital, y falta de recursos y sin trabajo, me ofrecieron una colocación para esta casa. Acepté sin preguntar nada... sin informarme.

Matt. Desdicha ha sido.

Mat. Fué una prueba más para templar mi alma.

Matt. ¿Y si viese usted á Mendoza? Está en París.

Mat. ¿Él?... ¡Ah, que comprendo su intención de usted! ¿Verle? Por verle daría la existencia.

Matt. Verle es muy fácil. No olvida á Matilde.

Mat. ¿No me olvida? Dios se lo pague.

Matt. (Si yo lograse. . Veamos.) Mendoza viene á mi casa... puedo hacer que usted lo encuentre. Su amigo Cisneros nos ayudaría.

Mat. No. Verle, sí: desde lejos, sin que me vea, sin que sospeche que vivo.

Matt. (Si le ve no podrá contenerse, y si se hablan, la salvo.)

Mat. Pero... me marcho mañana.

Matt. Esta noche le verá usted en este lugar. Esperando estoy á Cisneros para un grave asunto. Él hará de modo que Mendoza venga, con cualquier pretexto.

Mat. Cisneros puede descubrirme.

Matt. Cisneros es discreto; pero nada le diré acerca de usted.

Mat. Gracias, Mattossi, gracias por tantas bondades.

Matt. Vuelva usted al pabellón que hay en el extremo del jardín y aceche usted la llegada de Mendoza.

MAT. Y nosotros, ¿no nos volveremos á ver

MATT. Podría ser; pero por si no, despidámonos.

MAT. Adiós, adiós, amigo mío.

MATT. Buen viaje, por si no nos volvemos á ver. (Vase Matilde por entre los árboles.)

ESCENA II

MATTOSSI

¡Excelente mujer! Lo último que puedo hacer por ella es acercarla á Manuel para salvarla de la miseria y del dolor. ¡Lo último! .. Sea una buena obra. (Saca del bolsillo un papel doblado en forma de carta.) Para mañana quiere don Práxedes su dinero. Hace mucho tiempo que cumplió el plazo de los pagarés y no puedo excusarme. Si no desiste .. si no me concede un plazo y me demanda... soy hombre muerto. ¿Para qué voy á vivir sin crédito, sin parientes, sin nada que me endulce la vida y en la miseria? ¡Escarnecido, humillado, pobre! Lo siento por Angelina. No me ama, pero es mi esposa. Si me mato será la viuda de un hombre de honor. Le dejaré una carta escrita á última hora. (Se pasea meditabundo, sin reparar en Angelina: ésta tampoco le ve por el pronto. Entra ella en escena por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA III

MATTOSSI y ANGELINA

ANG. (Aquí he citado á Manuel y ya va siendo hora. Estoy impaciente por saber... por ver á mi primo. Mattossi, el barón, «la Calandria...» esos son los obstáculos para mi felicidad. ¿Me amará Manuel alguna vez?)

MATT. (*Al reparar en ella.*) ¡Angelina!

ANG (*Con frialdad, disgustada.*) ¡Maltossi!

MATT. ¿Qué haces aquí?

ANG. Lo mismo que usted, caballero: pasear por el jardín.

MATT. ¿Estás enfadada? Te debo una explicación.

ANG. Es inútil. Doy á usted mi parabien por el hallazgo. «La Calandria» es una hermosa mujer.

MATT. Estás loca. Matilde es una desdichada, cuyo sincero arrepentimiento es digno de consideración. La protegí de tus insultos y nada más. ¿Amar yo? A tí, solo á tí hubiese amado si yo hubiese podido amár. Tú no me amas tampoco.

ANG. Usted se empeñó en ser mi marido.

MATT. Es cierto, y no me pesa. ¿A quién había yo de amar sino á tí, si yo amase? A tí, depositaria de mi honor...

ANG. (¡Cielos!)

MATT. A tí, dueña de mi casa; á tí, que no necesitas arrepentimientos y eres y has sido honrada y hermosa.

ANG. (*Sobresaltada.*) (¿Sabrá algo?)

MATT. Debe extrañarte mi confesión, pero no te turbes.

ANG. ¿Yo?

MATT. No pretendo hacerte cargos. El amor quiere amor. Te has portado dignamente y te lo agradezco.

ANG. Pero...

MATT. Asuntos muy graves... negocios... me preocupan seriamente. Pudiera suceder—no es seguro—que yo hubiera de ausentarme por mucho tiempo.

ANG. ¿Por mucho?

MATT. Por bastante. En tal caso te conviene alejar de tí al barón de Sierra-Elvira. Es hombre muy peligroso.

ANG. (¿Que es esto?... Lo sabe todo y ¡estoy perdida!)

MATT. Espero á Cisneros aquí, para un negocio urgente. Si llega, me harás la merced de dejarnos solos.

ANG. ¿Negocios aquí, en el jardín y con Cisneros? Eso es muy raro, amigo mío. Y luégo esa recomendación, esa orden para alejarme del barón... Todo eso es muy

grave y mi amor propio exige que me expliques...

MATT. Oigo pasos: debe ser. Cisneros. Ni una palabra más.

ANG. No me voy sin una explicación.

MATT. Toma esta carta. No la leas hasta mañana. Ese papel lo explica todo. Jura que hasta mañana...

ANG. Lo prometo.

MATT. Así lo espero. Adiós... y buenas noches. (*La toma de la mano y la acompaña hasta la primera puerta de la izquierda. Llega Diego por el fondo.*)

ESCENA IV

MATTOSSI y DIEGO

DIEGO. Recibí un aviso y héme aquí. He hallado abierta la verja del jardín y por allí he entrado.

MATT. Felíz casualidad. Así nos hemos encontrado más pronto. Es este lugar solitario y á propósito para que hablemos sin ser oídos.

DIEGO. (¿Qué misterio será este?)

MATT. Dos mercedes vas á concederme, amigo mío, suplicándote una prudente reserva.

DIEGO. Ya me tienes impaciente.

MATT. Bajo cualquier pretexto—el motivo invéntalo tú—necesito que Mendoza venga esta noche á mi casa.

DIEGO. ¿Mendoza?... ¿Para hablar contigo?

MATT. No: para hablar con una mujer quizás.

DIEGO. (¡Con Angelina! Esto es inaudito.)

MATT. Es secreto que no me pertenece; es un favor que me han pedido. Mendoza ha de ignorar á lo que viene y es indispensable que se pasee por este jardín.

DIEGO. Quiero mucho á Manuel y encuentro tan singular... (¿Atentará?...)

MATT. Tú puedes acompañarle. Es súplica de una mujer.

DIEGO. (No es posible dudar de Mattossi.)

MATT. ¿Aceptas el encargo?

DIEGO. Iré á buscar á Manuel. (¿Para que será?)

MATT. Otro favor: este me interesa á mí.

DIEGO. Habla.

MATT. Es urgente que busques al barón de Sierra-Elvira: á éste antes que á Mendoza.

DIEGO. (Alarmado.) ¿Y le cito también para este lugar?

MATT. No. Donde quiera que le halles, díle, de mi parte, que necesito un plazo de un mes.

DIEGO. (¡Por Dios, que estoy confundido!)

MATT. Es para un negocio suyo y mío; pero me urge conocer su decisión. Dirá que sí ó que no, y eso es bastante. Tráeme la respuesta en seguida, ¡en seguida!

DIEGO. Nunca fuí indiscreto, ¡pero estás tan misterioso!...

MATT. ¿Te extraña? Al barón no quisiera verle ni escribirle. Respeta por hoy mi secreto.

DIEGO. Perdona mis vacilaciones. Buscaré al barón.

MATT. Gracias, mi buen amigo. En mi despacho te aguardo. (Vase Mattossi por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA V

DIEGO

¡Su secreto!... Ha descubierto los amores del barón y de Angelina, se ha enterado de la deuda de su esposa —ese es el negocio,—y sabe, sin duda, que Manuel ha pagado y castigado al barón ¿Pero qué significa ese plazo de un mes? ¿Qué pretende Mattossi? Otro lance desagradable para Mendoza. He sido un necio al prometer traerle aquí. ¿Le traeré? ¿Faltaré á mi palabra? Grande ligereza he cometido, y hay que pensar en ello. Meditemos. (Queda en actitud meditabunda sin ver á don Práxedes, que llega por el fondo. El barón tampoco repara en Diego hasta que sea tiempo.)

ESCENA VI

DIEGO y DON PRÁXEDES

PRAX. (¡Aquí me traen mis celos... aquí me trae mi ofensa! ¡Desdeñado... ultrajado! ¡Cuánto has de llorar, Angelina! ¡Y serás mía, siempre mía, á pesar de Mendoza!)

DIEGO. (Decidamente no traeré á Manuel, pero buscaré al barón.) (Se encuentran Diego y don Práxedes.)

PRAX. ¡Cisneros!

DIEGO. ¡Barón!

PRAX. ¿Esperas aquí á Mendoza?

DIEGO. No. Manuel está en el baile de la Ópera. ¿Venías tú á buscarle aquí?

PRAX. No. Venía á aumentar mi coraje, á exacerbar mi ira, contemplando el lugar donde ese hombre me azotó el rostro. Necesito matarle... en buena lid, si es posible. Necesito vengarme, limpiar la mancha que obscurece mi honor, que ennegrece mi cara. ¡Y me vengaré!

DIEGO. Ten cuidado con los locos. Manuel no está en su juicio. Si anoche no llego á tiempo, te estrangula.

PRAX. No te agradezco el favor. ¿Para qué vivo si no me vengo? ¿Para qué vivo si no le mato?

DIEGO. Sí... comprendo... pero en buena lid. Tú no estás loco.

PRAX. Esta tarde le he enviado mis padrinos.

DIEGO. Y...

PRAX. Y no ha aceptado. Es hombre de fuerzas, pero es un cobarde.

DIEGO. ¡Mientes!

PRAX. ¡Cisneros!... ¡Bah! Te presentaré mis padrinos y te convencerás. Tiene miedo á la muerte.

DIEGO. Mendoza se batirá contigo: yo te lo prometo.

PRAX. (Exasperado, en tono de amenaza.) ¡Si no lo hace!... ¡Si no lo hace!...

DIEGO. Lo hará. Y basta de Mendoza y pasemos á Mattossi. Me ha dado un encargo para tí. Es urgente.

PRAX. ¿Mattossi?

DIEGO. Exige pronta contestación. Te pide un mes de plazo.

PRAX. Ni un día, ni siquiera un día.

DIEGO. Adiós, pues. Voy á decírselo. (Pero, ¿qué será ello?)

PRAX. (Con alegría satánica.) Sí, sí; corre, no te detengas, y gracias.

DIEGO. Mañana arreglaremos lo de Mendoza (pero esta noche, si doy con él, le saco de París.) (Vase Diego por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA VII

DON PRÁXEDES

¡En el baile de la Ópera! Aquí vendrá Mendoza, aquí, á depositar á los piés de Angelina los trofeos de su proeza. Joven, robusto... aquí puso sus manos sobre el rostro de un viejo. ¡Vergüenza sobre mí! Aquí vendrá á contarle cómo me arrancó las pruebas, y aquí obtendrá el premio de su esfuerzo. ¿Pues no ha de venir? Por ahí entrará, por esa puerta. ¡La conozco bien! Misteriosa entrada para los amores culpables. ¡Ah! ¡Ella! (Se entreabre la primera puerta de la izquierda.) ¡Ella! ¡Ya le espera! ¿Podré verlo con calma? Sí, sí: he de ver y oir. ¡Valor, corazón, valor! (Se va recatando con sigilo y desaparece entre los árboles. Aparece Angelina con una carta desdoblada en la mano.)

ESCENA VIII

ANGELINA

Falté á mi palabra... leí y no lo siento. Mattossi pagará, ó no pagará: esas son cuentas suyas. Cuando ese miserable funda su venganza en la reclamación de sus fondos, es que Manuel ha rescatado mis pagarés, mis rizos, mis cartas, datos acusadores de mi vergüenza. ¿Y si Mattossi quebrase?... ¿Y si?... ¡Ah, barón! Quisiera tenerte aquí para arrojarte al rostro los pedazos de tu carta... ¡infame! (Hace pedazos la carta y los arroja con ira.) ¡Eh! ¿Qué me importa á mí Mattossi, ni qué el barón? Lo que me importa es mi fama... mi fama y mi primo. Nada de hipocresías, corazón mío. ¡Si estoy sola! Sin «la Calandria» yo húbiera sido feliz. ¡Maldita sea esa mujer! Pero... ¡cómo tarda en venir mi primo! (Manuel entra en escena por el fondo. Angelina corre á su encuentro.) ¡Ah! Aquí está. ¡Manuel! ¡Manuel!

ESCENA IX

ANGELINA y MANUEL

MANUEL. ¡Angelina!

ANG. ¡Cómo has tardado!

MANUEL. Estás salvada.

ANG. (¿Y amada? ¿Seré amada?) Me has hecho esperar mucho.

MANUEL. ¡Si aún no es la hora de tu cita! Comprendo tu impaciencia. Aquí traigo los objetos que te comprometen.

ANG. Sentémonos, Manuel. Quiero que me cuentes lo sucedido, aquí, en este asiento, debajo de los árboles. (Se sientan en el asiento del centro de la escena. Sin ser notado

por ellos, don Práxedes avanza poco á poco hasta situarse detrás del asiento, entre los árboles, de modo que le vea el público y no le vean Manuel y Angelina.)

ESCENA X

ANGELINA, MANUEL y DON PRÁXEDES

Don Práxedes, hasta el final de esta escena, demuestra mímicamente los afectos que le dominan, según se desprende de la conversación entre Manuel y Angelina.

MANUEL. Toma: en este paquete se contiene todo.

ANG. ¿Y los pagarés también? (Se apodera del paquete y lo guarda.)

MANUEL. Los pagarés los rompí y hechos pedazos los arrojé al rostro del barón.

ANG. Bien pagado está.

MANUEL. En excelentes billetes de Banco.

ANG. ¿Cómo? ¿Pagaste?

MANUEL. Llevaba el dinero encima.

ANG. ¿Ciento veinticinco mil francos?

MANUEL. El cajero de Mattossi hacía pocas horas que me había entregado el precio del cuadro de la Magdalena.

ANG. ¡Ah!

MANUEL. Lo exigía tu honor, tu fama, tu tranquilidad.

ANG. Mi afecto es poco para pagar tu desprendimiento; porque ese dinero era sagrado para tí. Era un recuerdo, un triunfo, una riqueza adquirida, la dicha y la gloria inspirada por aquella mujer á quien tanto has querido. ¿Es verdad, Manuel, que la querías mucho?

MANUEL. Ha muerto ya. ¿A qué mentarla?

ANG. (No sabe que vive.) Ella estorbó nuestra boda.

MANUEL. Paz á sus restos. Ya no tiene remedio.

ANG. Todavía la amas, aun después de muerta.

MANUEL. Respetemos su memoria.

Ang. (No la olvida, y si sabe que vive...) Por cierto que Matilde no te debía querer mucho .

Manuel. ¡Angelina!

Ang. No, porque te abandonó; y la mujer que ama, sufre, y llora y suplica, vive para amar. Aquella mujer era rencorosa y soberbia.

Manuel. Bien, sí; quizás tengas razón. Si viviera, tal vez me atreviera á juzgarla; pero ¡ha muerto!

Ang. ¡Oh! La amas, ¡la amas! Por eso es mayor mi agradecimiento: el sacrificio ha sido grande.

Manuel. Eres mi prima; has sido mi prometida.

Ang. ¿Me has amado alguna vez, Manuel?

Manuel. ¿Si te he amado?... Sí... sí, Angelina, y te hubiera amado mucho. La fuerza de tu mirada siempre me ha dado miedo. Pero perdona... eres ya la señora de Mattossi y no debo imitar al barón.

Ang. ¡Condenas mis extravíos! Pues oye: nunca he dejado de pensar en tí, ¡nunca! Un matrimonio por despecho... y por conveniencia, con un hombre sin corazón, frío, como Mattossi... y mi. poca edad; la astucia vil de ese viejo infame; todo eso me empujó al abismo, al infierno, porque yo no he estimado jamás al barón. Siempre, ¡siempre le he aborrecido!

Prax. (Si no me pide perdón, la mato.)

Ang. ¿Comprendes mi condenación? ¡Pecadora sin amor!

Manuel. ¡Eso es horrible!

Ang. Abusó de mi inexperiencia, y cuando volví en mí, era ya tarde para retroceder: era esclava.

Manuel. ¡Hombre miserable! Siento no tenerle aquí á mano para abofetearle otra vez á tu presencia.

Prax. (¡Ira de Dios!)

Ang. ¿Has puesto las manos en su rostro?

Manuel. Sí, é hice mal: debí darle con el pié.

Prax. (¡Estoy ya ciego!)

Ang. ¡Manuel! ¿Qué dices? Me asustas. Eso exige una reparación, un duelo, y un duelo puede ser tu muerte. ¡Oh, no te batas! ¡no te batas!

MANUEL. Pero, Angelina...

ANG. No quiero, no quiero que mueras. Júrame que no te batirás. Tu muerte sería la mía, sí. ¡Si yo te amo!

MANUEL. ¡Angelina! } (Al mismo tiempo.)
PRAX. (¡Condenación!) }

ANG. Olvida lo que te he dicho, Manuel: olvida mi confesión. La señora de Mattossi no puede, no debe amar; mas si algún día... si algún día fuese posible...

MANUEL. No me batiré con el barón, vive tranquila. Ya lo ha pretendido, pero ningún hombre de honor se bate con un canalla. Y si de nuevo se acerca á tí, si algún día me disputa tu afecto, delante de tí le escupiré al rostro y le humillaré como anoche en este mismo lugar. (Don Práxedes inquieto, desesperado, llega al paroxismo de la ira. Saca un puñal y amenaza á Angelina; pero al oirle á ella la frase que sigue, hiere por la espalda á Manuel. En este momento está ya Matilde detrás de don Práxedes.)

ESCENA XI

ANGELINA, MANUEL, DON PRÁXEDES y MATILDE

ANG. (Tomando á Manuel ambas manos.) Eres un Dios: eres digno de ser adorado.

PRAX. (Hiriendo á Manuel.) (¡En el infierno!) Manuel cae de cara. Angelina se arroja á sostenerlo. Al ir don Práxedes á segundar el golpe, Matilde le sujeta por la muñeca y se apodera del puñal.)

MANUEL. ¡Muerto soy! }
ANG. ¡Manuel! } (Al mismo tiempo.)
MAT. ¡Asesino! }

(Mucha rapidéz en la frase y en la acción. Se oye en este instante el disparo de un arma de fuego, hacia la izquierda, en el interior de la casa. Al oir el disparo, Angelina paraliza su acción de acudir á Manuel, y don Práxedes se extremece de alegría, ya en huída. Matilde, en tanto, con el puñal en la

mano, se arroja sobre Manuel, le coloca en sus brazos, le aplica un pañuelo á la herida y le besa la cabeza con efusión.)

ANG. (Al oir el disparo, cubriéndose el rostro.) ¡Jesús!

PRAX. (Huyendo.) (¡Mía! ¡Ya es mía!) (Desaparece.)

ESCENA XII

ANGELINA, MANUEL y MATILDE

MAT. (Apoyando á Manuel contra su pecho.) ¡Manuel, Manuel de mi alma!

ANG. Ese disparo... ¿Será Mattossi? No, no puede ser, ni ya, ¿para qué? ¿Para qué, si Manuel se muere? (Va á acudir á Manuel y entonces repara que se halla él en brazos de Matilde.) ¡Ah! Una mujer... Matilde... «¡la Calandria!»

MAT. (Sin hacer caso de la extrañeza de Angelina.) No vuelve en sí. Pida usted socorro, señora; llame usted, porque espira. ¡Dios mío, Dios mío!

ANG. ¡Ella!... ¿En mi casa?... ¡y en sus brazos!

MAT. Por Dios, grite usted, señora, ó grito yo.

ANG. Sí, sí: es urgente. ¡A mí! ¡Socorro, socorro!

MAT. (¡Mujer fatal!) ¡Manuel! Aún late su corazón.

MANUEL. Ay!

ANG. (Tomando una mano de Manuel y arrodillándose á su lado.) ¿Ha suspirado?

MAT. Sí, ¡vive, vive! ¡Manuel, Manuel!

ANG. (¡Vive... puede vivir y esta mujer está aquí!)

MAT. Alienta. ¡Y cómo tardan!

ANG. (Si vuelve en sí... si la reconoce ..)

MAT. Sujétele usted, señora; voy á llamar yo.

MANUEL. ¡Ay de mí!

MAT. ¡Manuel! } (Á un tiempo.)
ANG. ¡Manuel! }

MANUEL. ¡Me... muero!

MAT. ¡Vive, vive para mí!

ANG. (Si no pierdo á esta mujer, pierdo á Manuel.)

ESCENA XIII

ANGELINA, MANUEL, MATILDE, UN COMISARIO DE POLICÍA, DOS GENDARMES y después DOS CRIADOS

El Comisario de policía y los Gendarmes llegan por el fondo, con sigilo. Angelina y Matilde, ocupadas en colocar bien á Manuel y en atenderle, no reparan en ellos hasta su debido tiempo. Matilde sujeta su pañuelo en la herida de Manuel y Angelina procura volverle en sí con su pomito de sales. Manuel vuelve en sí, débil, casi sin voz, para perder de nuevo el sentido. En estas maniobras queda colocado de modo que se apoya en Angelina, y Matilde le sujeta una mano con la suya izquierda. En la mano derecha tiene Matilde el puñal, que ha conservado inconscientemente.

GEND. (Al Comisario de policía.) Por aquí sonó el disparo.

COM. (A los Gendarmes.) Silencio y atención. (Señalando al grupo que forman Angelina, Matilde y Manuel, quedando ellos en acecho detrás de los árboles inmediatos.)

MANUEL. No... puedo... respirar.

ANG. ¿Estás herido?

MAT. (A Manuel.) No hables; no te muevas.

MANUEL. ¿Esa... voz?

MAT. ¡Matilde! } (Las dos á la vez.)
ANG. «¡La Calandria!» }

(Manuel se esfuerza por fijarse en Matilde y se incorpora un poco para mirarla bien; quiere gritar y no puede; le tiende los brazos y esto le fatiga.)

MAT. ¡Sí, sí! ¡Yo soy!

ANG. (Con voz reconcentrada, casi gritando al oído de Manuel.) Esa... esa es la que te ha herido.

MAT. ¿Yo? }
MANUEL. ¿Ella? } (Los tres á la vez.)
COM. ¿Esa? }

MAT. (Á Angelina, queriendo herirla con el puñal.) ¿Yo?... ¡Miserable! (Al declarar Angelina que es Matilde quien ha herido á Manuel, Matilde grita: «¿Yo?» llena de indignación.

Los Gendarmes quieren lanzarse sobre Matilde al oir que su jefe dice: «¿Esa?»; pero el Comisario los contiene. Manuel, al exclamar «¿Ella?», casi se sienta á impulsos de la conmoción que le posee, mirando á Matilde con mucha fijeza. Matilde, al pronuncia el segundo «¿Yo?», desesperada, loca, bravía, viendo el puñal en su mano, va á asestarlo con rapidéz en el pecho de Angelina. Manuel ve brillar el arma ante sus ojos, y de golpe cree que Matilde es su asesino; hace un esfuerzo supremo, enérgico, y con movimiento más rápido que el de Matilde, la rechaza, casi la derriba, y evita que Angelina sea herida. Interviene la policía.)

MANUEL. (Á Matilde.) ¡Tú! Maldita... seas. (Quedan agotadas sus fuerzas y cae desmayado en brazos de Angelina. Matilde arroja el puñal y se sostiene en el suelo con la mano izquierda, diciendo la frase que sigue con un grito como salido del alma.)

MAT. ¡Estoy maldita!

ANG. (Con gozo salvaje.) ¡Ah! (Debe tenerse presente que todo esto sucede hallándose Angelina y Matilde de rodillas, y Manuel en el suelo, entre las dos. El Comisario recoge el puñal y lo entrega á uno de los Gendarmes. El otro hace brutalmente poner en pié á Matilde. Ésta gira en torno de sí su mirada extraviada, da un sollozo y queda con las manos en cruz, elevadas hacia el cielo. Por la segunda puerta de la izquierda aparecen dos Criados.)

COM. (Recogiendo el puñal.) El cuerpo del delito.

MAT. ¡Maldita, maldita por él!

CRIADO. Oí gritar en el jardín.

OTRO ID. (Al ver á Angelina.) ¡La señora!

ANG. (A los Criados.) Acercáos, ayudadme. (Angelina y los Criados conducen á Manuel hacia la primera puerta de la izquierda. En tanto, el Comisario de policía conferencia con los Gendarmes y uno de ellos prepara una cuerda para maniatar á Matilde. Ésta continúa en su anterior actitud, como asfixiada por la pena. Angelina va sujetando las manos de Manuel.)

MAT. ¿Hasta cuándo, señor?

ANG. (Después de mirar con encono á Matilde.) (¡Vencí! Si vive, ya es mío.) El Comisario de policía, con el sombrero en la

mano, se adelanta hacia Angelina. Los Gendarmes maniatan á Matilde, que los deja hacer, poseída ya de convulsiones nerviosas y perdida la razón; los Gendarmes la sostienen para que se mantenga de pié. Entra en escena por la segunda puerta de la izquierda doña Escolástica, presurosa, agitada y llorando. Angelina se detiene y los Criados vanse con Manuel por la primera puerta.)

ESCENA XIV

ANGELINA, MATILDE, DOÑA ESCOLÁSTICA, el COMISARIO DE POLICÍA y los dos GENDARMES

COM. (Á Angelina.) Oí un disparo de arma de fuego.

ESC. ¡Angelina! ¡Angelina! ¡Ven! ¡corre!

ANG. ¿Qué pasa, mamá? ¿Qué tienes?

ESC. Una gran desgracia... ¡Muy grande! Eres viuda.

ANG. ¿Yo viuda?

ESC. Mattossi se ha suicidado.

ANG. Voy corriendo. ¿Y Manuel?

COM. Yo acompañaré á ustedes.

ANG. (A doña Escolástica.) Manuel espira en mis habitaciones.)

ESC. (A Angelina.) (¿Manuel?... Yo le cuidaré.)

ANG. ¡Pobre Mattossi! ¡Si me parece imposible! (Durante esta escena uno de los Gendarmes repara en la sortija que lleva Matilde en un dedo. Parece que duda de que sea bien adquirida, conferencia con el otro Gendarme, y entre ambos le quitan la sortija. Matilde no puede resistir más y dobla la cabeza sobre el hombro del Gendarme que la sostiene. El otro, con la sortija en la mano, se adelanta hacia doña Escolástica. Al mismo tiempo llega Diego por el fondo. Angelina y el Comisario se han ido ya.)

ESCENA XV

DOÑA ESCOLÁSTICA, MATILDE, DIEGO y los dos GENDARMES

DIEGO. (Al llegar y gritando.) ¡Manuel! ¡Manuel!
ESC. Es Cisneros. Dios le envía.
GEND. (Mostrando la sortija á doña Escolástisa.) Esta sortija... ¿Sería por casualidad?...
ESC. ¿A ver?... sí, la de Angelina... la de mi hija. (El Gendarme se separa y doña Escolástica se dirige á Diego.)
DIEGO. (A doña Escolástica.) ¿Ha venido Manuel?
ESC. Ahí está... espirando. Acudamos pronto. (Mientras Diego se admira, sobrecogido, y doña Escolástica le insta, los gendarmes cambian las siguientes frases.)
GEND. También ladrona.
OTRO ID. ¡A la cárcel! (A Matilde.) Andando. (Como Matilde no puede andar sin ayuda, le dan un empellón. Ella se ve de nuevo atacada de convulsiones y exhala gemidos. Diego se vuelve hacia los Gendarmes, y doña Escolástica tira de él.)
DIEGO. ¿Qué es eso, bárbaros?
ESC. ¡Qué se muere Manuel!
DIEGO. ¿Qué ha pasado aquí, Dios mío?
ESC. (Arrastrando á Diego tras de sí.) Que Mattossi ha muerto... y ¡que Manuel se muere!
DIEGO. ¡Rayos y truenos! (Diego y doña Escolástica corren hacia la primera puerta. Los Gendarmes, lentamente, se llevan á Matilde ultrajándola.)
GEND. (A Matilde) En marcha, *mala mujer*. (Telón rápido.)

FIN DEL DRAMA